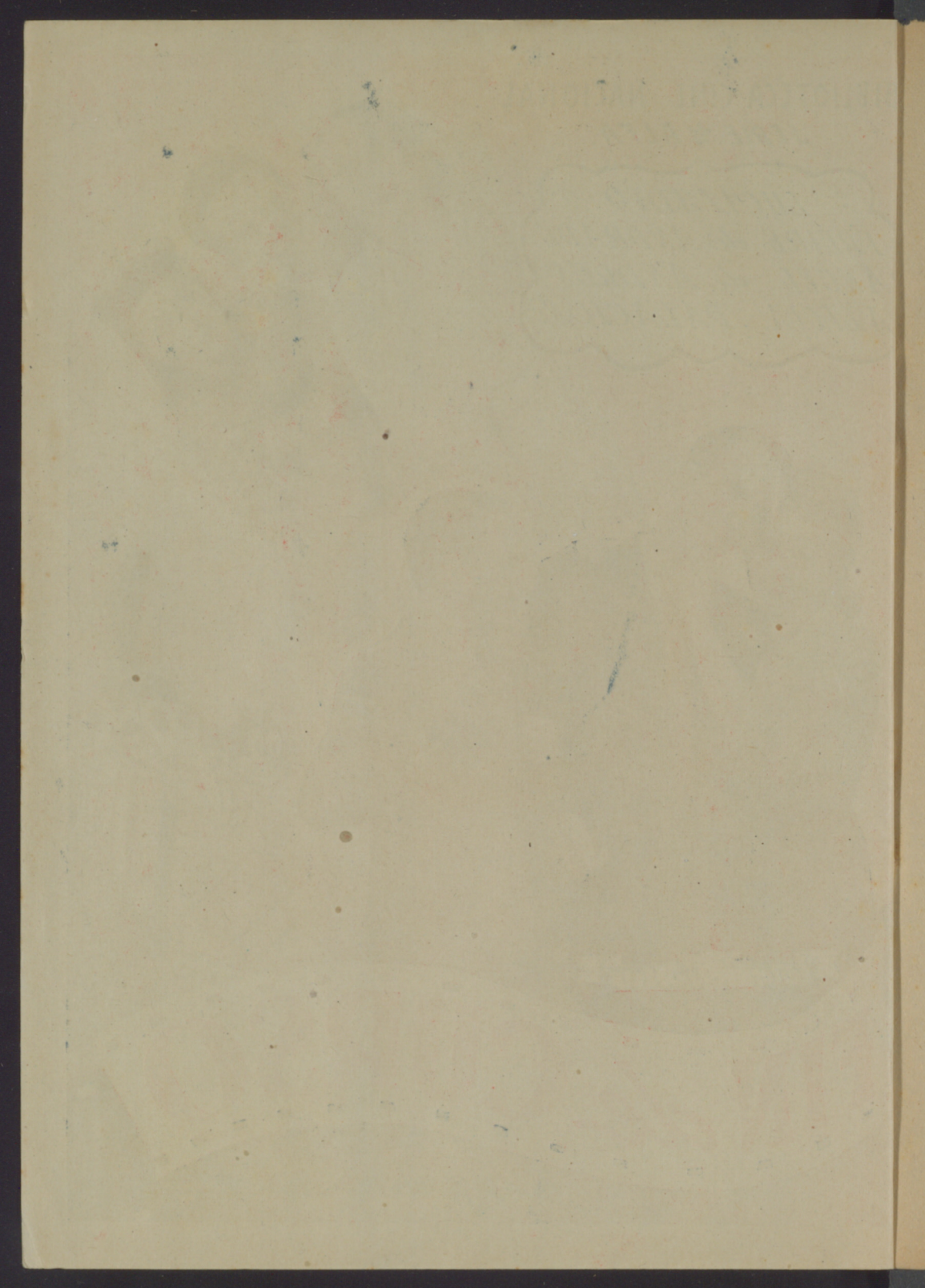


BIBLIOTECA CINE NACIONAL
SERIE ★ ALFA.

• LUCHY SOTO •
FREIRE de ANDRADE
ANGEL de ANDRÉS
ALICIA PALACIOS







Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA

Valencia, 254 - Teléfono 70657

BARCELONA

Biblioteca Cine Nacional

Fundador y Director:

RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - Teléfono 70657

EDITORIAL

"ALAS"

AÑO XXI

Centro de reparto:

Sociedad General

Española de Librería

Calle de Barbará, núm. 14-16

BARCELONA

AÑO VI

SERIE ALFA

Núm. 61

Núm. 31

FIN DE CURSO

LA alegre trama de esta película discurre en un ambiente de jovialidad y camaradería, como corresponde a una pensión estudiantil, en la que, entre bromas y veras, se consigue unir para siempre a dos corazones que se aman y que trataba de separar la intransigencia de un hombre amargado.

Luchy Soto realiza una creación en su papel de protagonista, y Freyre de Andrade, con Mary Santpere se llevan la palma, encabezando la serie de situaciones cómicas urdidas por Prada e Iquino en una de sus más felices producciones.

Es una producción: RAFA FILMS

(Rafael González Rico) - SEVILLA

DISTRIBUIDORA para
CATALUÑA. ARAGON Y BALEARES

CYRE FILMS

Balmes, 51 -:- Teléfono 24138

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Celi.</i>	Luchy Soto
<i>Gorito.</i>	Angel de Andrés
<i>Marta.</i>	Alicia Palacios
<i>Don Rodrigo.</i>	Freyre de Andrade
<i>Casi.</i>	Mary Santpere
<i>Luisín.</i>	L. Porredón
<i>Miguel.</i>	Vicente Vega
<i>Don Hermógenes.</i>	Jorge Morales
<i>Doña Loreto.</i>	Concha Gorgé
<i>Don Matías.</i>	Francisco Villagómez

Argumento original de
**Francisco Prada
e Ignacio F. Iquino**

Guión técnico y dirección:
Iquino

Música:
**Maestros Ramón
Ferrés y Durán
Alemany**

Narración literaria de
VICTOR CENTELLAS

FIN DE CURSO

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

LOS HUESPEDES DE LA PENSION LORETO

EN una de las más hermosas barriadas de Barcelona, anchas y desiguales calles, torres señoriales, hoteles coquetones, pistas de tenis, etcétera, se alzaba el esbelto hotelito en el que doña Loreto había instalado una pensión en la que preferentemente se alojaban estudiantes.

La buena mujer había perdido un hijo en la flor de su juventud y rodeándose de jóvenes, su pena se hacía más llevadera. Máxime cuando todos ellos la querían como si fuese su segunda madre, por las atenciones que les dispensaba y la benevolencia con que soportaba sus bromas y, principalmente, la paciencia que tenía cuando de cobrar las mensualidades se trataba.

Para que nuestros lectores sigan con más armonía la marcha de esta trama, les reseñaremos sus principales personajes.

Celi, joven y deliciosa muchacha, de pelo rubio y facciones correctas, es una estudiante del último curso de medicina, que cifra todos sus afanes en terminar la carrera aquel mismo año, para corresponder así a los sacrificios de su buen tío Matías, excelente músico, que no la dejó desamparada cuando quedó huérfana y que hizo lo imposible para darle una carrera, tal como sus aficiones inclinaban a la joven. Aunque al decir esto, olvidamos un dato muy importante: Celi está enamorada de un joven estudiante de su mismo curso, y los amores son correspon-

didos por Miguel, que vive en la misma pensión.

Miguel es el sobrino de un tío rico, pero, contra lo que ocurre en muchos casos, es un muchacho estudioso que tiene los mismos afanes que su novia en lo que a terminar la carrera se refiere para poder alcanzar una situación independiente y casarse con Celi. De Miguel, que es además un muchacho apuesto y serio, sólo podemos decir que tiene un defecto: su tío. Pero de don Rodrigo ya hablaremos un poco más tarde, cuando haga su aparición en escena, para acabar de revolucionar el ambiente de sana alegría de la pensión.

Gorito es un ejemplar del estudiante que no estudia. Es decir, que no coge los libros hasta primeros de mayo, cuando se acercan los exámenes. Pero como no le falta habilidad ni tampoco inteligencia, acostumbra a salir bien, con los consabidos apurillos.

Luisín es otro sobrino. Pero éste es el de una hermana de su madre, que también tiene la humorada de costearle los estudios, aunque en realidad lo que le costea son los bailes, las partidas de póker y otras diversiones. En el fondo es un buen muchacho, algo superficial, como su bigotillo apenas dibujado sobre su

labio superior, y de los que hace día de la noche, y viceversa.

Don Hermógenes es el cenizo de la pensión. Indudablemente no se halla en su ambiente, y con su aspecto funerario es blanco de las bromas de la juventud que allí se alberga, que no soporta, pero que tiene que aguantar. Le caracterizan dos especiales circunstancias: el odio exacerbado hacia un delicioso gatito de doña Loreto, y el afecto que le profesa la doncella de la casa, la efervescente Casi.

Esta la deben llamar Casi porque es «casi» tan alta como la torre de la Universidad (pongo este parecido influenciado por el ambiente estudiantil), tiene un corazón de oro y un léxico de orador de tercera categoría. Quizá por la ternura de su corazón siente un inexplicable afecto hacia don Hermógenes, al que ve siempre objeto de las burlas de los estudiantes.

Completan los pupilos de doña Loreto, un sinnúmero de jóvenes, entre los que se hallan todas las variedades apetecibles: estudiosos, vagos, los que no pagan, los que cumplen regularmente, inteligentes, duros de cerebro, y ¡hasta un boxeador!... pero todos ellos alegres y simpáticos.

Hasta han sacado una canción que entonan todas las mañanas

cuando se disponen a salir, en franca camaradería, hacia la Universidad.

Ciertamente que a todos los de la casa les encantan las melodiosas notas de su llamémosle himno, pues hasta don Matías colabora tocándola al piano mientras recibe el beso de su sobrina que marcha a incorporarse con los demás, esperando hallar el afectuoso brazo de Miguel. El pero, en este caso, lo significa el inevitable don Hermógenes, al que alteran su afeitado diario obligándole inconscientemente a darse ja-bón con el ritmo de la canción.

Un día de tantos —precisamente en el que empieza nuestra narración— las agradables notas del himno estudiantil le pusieron algo más nervioso. La navaja resbaló y se tiñó de encarnado... Es fácil de adivinar: se cortó.

Este hecho, siempre desagradable para el que se afeita, coincidió con la llamada de Casi. Su voz emergió de sus labios más dulce que cuando llamaba a las otras habitaciones.

—Don Hermógenes, ¿se puede? —preguntó, llamando discretamente con los nudillos.

—Adelante —repuso el aludido, al tiempo que con un algodón trataba de corregir su propio desaguisado.

Casi entró silenciosamente dejan-

do sobre la mesita la bandeja con el desayuno, mientras contenía un suspiro lánguido al contemplar la desgarrada figura de don Hermógenes. De pronto se fijó en lo que hacía el intransigente pupilo de doña Loreto, y se acercó a él con toda la solicitud de que era capaz.

—¿Qué es eso? ¿Está usted herido?

—¡Bah, no! No tiene importancia. La maldita canción de todas las mañanas que ataca los nervios.

—Claro... está usted tan solo... no tiene quien le cuide...

Y cogiendo el algodón, lo mojó en el platillo del alcohol disponiéndose a hacerle una cura suave.

—Déjeme hacer a mí—añadió ante la pasividad de don Hermógenes, que aguantaba reflexivamente los cuidados de la doncella.

—Gracias, Casi. ¿Dices que estoy solo? Pues me gustaría vivir en una isla desierta...

—¡Ideal!

—Sin estudiantes. ¡Ah! Y sobre todo, sin gato. Ese dichoso animalito... ¡me tiene negro!

La calificación que se daba a sí mismo don Hermógenes podía ser figurada, pero lo cierto es que Casi, arrobada mirando el rostro del «herido», no se dió cuenta que mojaba el algodón en el tinero y que su consecuencia inmediata fué que la

herida se convirtió en una auténtico borrón.

La doncella se dió cuenta de su equivocación y dejando a don Hermógenes con la palabra en la boca, huyó despavorida, disponiéndose a continuar sus tareas habituales.

Una de ellas era la limpieza de las habitaciones y decidió empezar por la de Luisín, ya que era uno de los que más trabajo le daba.

—¡Qué vergüenza!—exclamó al ver que el ocupante de la habitación aun se hallaba en cama—. ¡Vamos, arriba! Que ya es tarde y hay que levantar la cama.

Luisín se despertó con las voces de Casi dando un salto y disponiéndose a asearse, mientras ella contemplaba el desorden reinante en la habitación y luego se ponía a recoger algunas prendas esparcidas por el suelo.

—¡El sombrero en el suelo, los pantalones tirados, todo en desorden!... Y es que se gasta en jueruecitas el dinero de la pensión. ¿A qué hora llegó usted anoche?

—Temprano... —repuso Luisín sonriente, acostumbrado ya al carácter violento de la buenaza de Casi.

—¿Temprano y estaba amaneciendo?

—Pues por eso digo que temprano.

A Casi se le atragantó el chiste.

—Oiga, ya sabe que no me gustan las bromas. En vez de hacer chistes debía estudiar y pagar a doña Loreto; que ya son tres meses los que vive de bóbilis bóbilis... ¡Ay, si yo fuera doña Loreto!

—¡Ay, si yo fuera don Hermógenes!—contestó él, imitando su tono de voz y añadiendo un profundo suspiro burlesco.

—¿Qué tiene usted que decir de don Hermógenes? Don Hermógenes es un hombre serio —repuso Casi, exasperada—. Don Hermógenes paga puntualmente, no se acuesta vestido, y es la honra de la pensión... Eso es... ¡la honra!

—Pero no te disgustes, mujer; yo no he tenido intención de ofender a tu don Hermógenes.

Doña Loreto acudió a la habitación atraída por el griterío que se oía, principalmente debido a la potente voz de la fámula.

—¿Qué ocurre, Casi?

La aludida se volvió hacia la puerta y quiso dar una explicación sin que le acabara de pasar todavía el enfado.

—Que he venido a traerle el desayuno y me nombra a don Hermógenes.— Y volviéndose hacia Luisín, añadió—: Don Hermógenes no fuma, ¿sabe usted? Don Hermógenes no insulta a las criadas; don Hermó-

genes sabe distinguir; don Hermógenes...

—¡Vamos, que le ha dado hermo-geniana!

—Bueno, Casi, sosiégate—intervino, conciliadora, doña Loreto.

—Sosiégate y sigan las bromitas con don Hermógenes. Si todas fuésemos como usted, que se le pasea el alma por el cuerpo... En siendo estudiantes, ya está. Aunque pinten demonios son ángeles. Y si no pagan, como si pagan, y si dan guerra, como si no; y si...

—Y si te callas, te lo agradeceré—interrumpió doña Loreto.

—Suscribo esta opinión—añadió Luisín—. ¡A la cocina, encanto!

—Sus piropos me ofenden—repuso Casi, enfadada y retirándose dando un portazo después de hacerle una espantosa mueca.

—No tenéis enmienda...

Doña Loreto se acercó a Luisín, meneando la cabeza con su aire bonachón y tratando de esconder una sonrisa.

—Si no fuera por usted—comentó el mal estudiante—, sería cosa de marcharse.

—Después de pagar, claro.

Y la sonrisa de doña Loreto apareció a flor de labio, sorprendida por su propia salida y gozosa al ver el gesto amargo del joven.

—No me recuerde ese detalle odioso.

—Un «detalle» de tres meses.

—Usted es magnánima; usted es grande; usted... debía ser mi tía.

—No aspiro a tanto. Aspiro a que...

—Sí, señora. A que liquidemos. Lo sé.

Doña Loreto denegó con la cabeza iluminando su rostro con una expresión maternal.

—Pues no, señor — corrigió—; aspiro a que estudies un poco.

—¡Prefiero liquidar! — repuso Luisín con voz fúnebre.

—¿Tan desesperado te encuentras?

—¡Una desesperación de fin de mes, doña Loreto!

En el ánimo de la buenaza de la patrona nació una idea. En realidad hacía ya un buen rato que rondaba por su pensamiento, pero no se atrevía a ponerla de relieve.

—Bueno—dijo—, si me prometes enmendarte y abrir un libro aunque sea por curiosidad te sacaré de ese apurillo...

—¡Es usted un ángel!—exclamó el estudiante con sincera vehemencia y casi abrazando a doña Loreto.

—Una madre, que en cada uno de vosotros ve al hijo que perdió. Y vosotros lo sabéis y abusáis de mi debilidad.

En verdad el gesto altruísta de la virtuosa dama rozaba ya los límites de la primada, puesto que encima de que le debían el importe de la pensión, aun daba dinero a sus pupilos, llevada por su afán de que todos los jóvenes gozaran de la vida, como habría querido que fuese para el hijo perdido.

—De su bondad—exclamó Luisín, a quien la palabra debilidad le sonó mal—. Es usted la más santa, la más generosa y la más guapa de todas las patronas que he conocido en mi larga vida de estudiante honorario.

Y cogiéndola por la barbilla, le hizo una carantoña que esponjó de alegría a la buena mujer.

—¡Uy, qué requeteguapísima es!

—Quita, quita, zalamero; lograrás conmovirme.

Doña Loreto se marchó dejando a Luisín medio convencido a que debía estudiar y pensando ya en su Maribel, con la que había convenido encontrarse aquella tarde.

Pero reflexionó, contando con los dedos su problema económico:

—Trescientas que debo; ochocientas que me darán; ochocientas que no pago...

UNA BROMA DE CORITO

GORITO es un andaluz de pura cepa y haciendo honor a tal circunstancia, asaeta a todos con sus chistes y ocurrencias y es el número uno en el momento de iniciar una broma.

Y tiene tanto de gracioso como de vago. Por ello no es raro que Casi, la doncella, le encontrase tumbado en un diván cuando se disponía a arreglar la habitación bien entrada la mañana.

La muchacha estaba ya harta de encontrarse con las dos o tres notas discordantes de la pensión que lo consistían aquellos a quienes no les gustaba estudiar. Afortunadamente, eran unas excepciones. Por ello mostró su enojo al contemplar la escena.

—¡Otro que tal!—exclamó, cruzándose de brazos y plantándose ante Gorito—. ¿Por qué no prueba a levantarse?

—Lo he probado y no me sienta—contestó el aludido con una mueca de fastidio.

—¿Nació usted así?

—No. Más pequeñito y sin sofá.

—Debía darle vergüenza. Todos estudian menos usted y el señorito Luisín... Los dos garbanzos negros de la pensión... Bueno, del palacio; porque eso es lo que doña Loreto ha puesto a disposición de ustedes: ¡un palacio!...

—Y nosotros lo agradecemos vi-
viendo como príncipes. ¡Ah! Doña Loreto es un mecenas con faldas.

Casi meneó la cabeza, compadeciendo a doña Loreto.

—Se necesita estar loca para gastarse un capital en mimar estudiantes.

—¿Y en quién mejor?—inquirió Gorito, sin abandonar su cómoda postura—. El estudio es cosa sublime.

—Pero ya hemos quedado en que usted no estudia.

—Bueno, no me atrevo. Yo soy un hombre vulgar, indigno de co-dearme con Minerva.

—¿Con quién dice?...—preguntó ella, no comprendiendo.

—Con Minerva. Una señora que sabía mucho.

—Está usted corrompido hasta los huesos. ¡No sabe hablar más que de bailarinas!

Casi lanzó un bufido e intentó ponerse al trabajo, pero se lo impidió una nueva intervención verbal del chispeante andaluz.

—Pero bueno, arma mía, ¿qué te ocurre? ¿No ha tenido apetito don Hermógenes?

—Usted es un sátiro—exclamó ella, volviéndose con fiereza—. Le voy a decir cuatro frescas si vuelve a mentarme a don Hermógenes.

—Ha sido sin intención, pequeña.

—Eso de pequeña ¿será una broma, verdad?

Gorito la miró de arriba a abajo,

en lo que tardó un buen rato, al tiempo que decía:

—Un cumplido, mujer; no te enfades.

—Estoy muy alta para enfadarme, ¿se entera usted? ¡Muy alta!

—Sí, señora; en la estratoesfera.

La contestación del joven coincidió con la entrada de doña Loreto, que seguía en su inspección diaria, y de nuevo encontró a Casi en plena polémica con un huésped.

—¿Discutiendo otra vez? Pero, Casi, no tienes enmienda.

—Quienes no tienen enmienda son ellos. Siempre con bromitas; siempre tumbados... No sé cómo no enferman de las espaldas...

Las últimas palabras de Casi la pillaron ya casi fuera de la habitación llenando el pasillo con sus voces y acompañándose con una serie de gestos con los brazos, con peligro de los jarrones de flores allí colocados.

—Es una impertinente—comentaba Gorito con doña Loreto—. Tendrá usted que elegir; o ella o nosotros.

—Vosotros siempre. Pero ven acá, hijo mío. ¿No te da pena perder el tiempo? Tú eres listo. ¿Por qué no estudias?

Gorito, horrorizado ante la proposición, se levantó del sofá y acercándose como un autómatas a doña

Loreto, que le tiende un libro que ha recogido del suelo, exclamó:

—¡No me soborne!

—¡O el libro o la cuenta!

La cómica seriedad con que le planteó el dilema dió un impulso generoso en el ánimo del estudiante.

—¡Es usted de una elocuencia abrumadora! Estudiaré, doña Loreto. Por complacerla soy capaz de todo. Además, que ya me está mordiendo el gusanillo de la conciencia. Sé está usted matando por sacarnos adelante, porque en lugar de una pensión esto es un instituto de beneficencia; la justicia ante todo. ¡A mí por la justicia me llevan a la horca!

—¿Y a clase?

Gorito hizo un afectado ademán heroico.

—¡También, si es preciso!

Doña Loreto se marchó más tranquila de la estancia ocupada por el estudiante, y éste, haciendo honor a su promesa, cogió el libro y se dispuso a estudiar, sin que por ello abandonara una posición cómoda.

Como un murmullo se oía el recitado de la lección que había cogido al azar.

—La enfiteusis... la enfiteusis es un contrato. Es un contrato. Vaya, es un latazo...

En aquellos momentos hicieron

su entrada en la pensión un grupo de estudiantes que regresaban de la Universidad, que al ver a Gorito en actitud de estudiar quedaron sorprendidos.

—Pero, Gorito, ¿qué es eso?

—¿Estás enfermo?

—¿Te lo ha recetado el médico?

Gorito dejó el libro y muy seriamente se enfrentó con sus compañeros.

—Me lo ha resetado la consciencia.

—Creí que la habías empeñado a principio de curso—repuso uno de ellos.

El joven miró uno a uno de los que le rodeaban, llenando de rumores burlones aquel ambiente.

—No se me hase justisia—exclamó Gorito—. Estudio poco por humildad. Sí, sí, por humildad. No quiero descollar entre ustedes. Pero como yo me desida un día...

—¿A qué? ¿A levantarte del sofá?

—Esa es otra—repuso, volviendo por sus fueros de hombre chistoso—. ¿Sabéis por qué cuando estudio me tumbo?

—Si es alguna gansada de las tuyas o algún chiste de almanaque, más vale que te lo calles.

Gorito no hizo caso de la advertencia y lo soltó:

—Me tumbo para llevarle la con-

traría a doña Loreto, que está empenada en que estudie «Derecho».

Se rió el chiste él mismo, haciéndolo de un modo estrepitoso para subsanar el silencio con que lo acogieron todos. Sólo un libro volteó en el aire y fué a dar a su cabeza.

—No tiene gracia—comentó una chica, volviéndole la espalda.

—Pero tiene intensidad. Como la broma que le he gastado a Luisín. No os digo más que ha jurado matarme.

La aseveración de Gorito no fué tomada muy en consideración por sus compañeros, aunque en algunos casos las bromas del andaluz eran algo más que serias. Por ello inquirieron qué era lo que había hecho, y él, ni corto ni perezoso, se dispuso a explicarlo.

—Ya sabéis que Luis tiene una tía que le costea la carrera...

—¡Lo sabemos! — interrumpieronle todos en tono cansado.

—Y que cansada de que el pobre Luisín no estudie, serró el bolsillo y no ha vuelto a enviarle un séntimo desde hase bastantes meses.

—¡Lo sabemos!—volvieron a interrumpir.

—Bueno, pues yo he resuelto el conflicto.

La interrupción fué también unánime.

—¿No?

—Luisín ya no sufre ni padese porque yo, su mejor amigo... he matado a Luisín.

Como si fuera un conjuro, el aludido entró en la habitación blandiendo un telegrama que le acababa de entregar doña Loreto, y aun pudo escuchar que Gorito decía:

—Anoche puse un telegrama a su tía dándole cuenta del fallecimiento...

—En menudo lío le has metido —interrumpióle Miguel—. ¿Es que no comprendes que puede presentarse la tía en Barcelona, y...?

—No hay cuidado. La tía de Luis está imposibilitada y no anda ni con manubrio.

Estas palabras fueron el aviso para la intervención de Luisín, que irrumpió en el grupo causando la natural sorpresa no exenta de expectación entre los estudiantes.

—¿Dónde está mi querido asesino?—demandó con cara de pocos amigos.

Gorito le recibió tranquilamente.

—¿Qué te pasa, hombre? ¡Vienes descompuesto!

—La descomposición es natural en un hombre que, como yo, murió anoche.

—Entonces, ¿es verdad lo que nos ha contado éste? — preguntó Celi.

La verdad no debía ser tan amar-

ga para Luisín, por cuanto adoptó una actitud resignada y hasta diríamos que alegre.

—Anoche me asesinó — explicó—y ahora acaba de llegar, dirigido a doña Loreto, un telegrama cariñosísimo de mi tía. Me había condenado a morir de hambre, y cuando me muero, me dedica un epitafio que parte el corazón.

—A ver; lee, lee—dijo Gorito, interesado en vez cómo acababa la broma que él iniciara.

Luis le obedeció, ya que, por otra parte, estaba deseoso de ello.

—«Afligidísima, muerte involuible sobrino Luisín. Envío cinco mil pesetas para entierro, sepultura, flores y música».

—Es lo único verdaderamente gracioso que se le ha ocurrido a Gorito en toda su vida—comentó alguien.

Luis, no obstante, quería aparentar su enfado y emplazó a Gorito.

—Elige la muerte que más te guste: la daga florentina, el veneno de los Borgia o un tazón de café con leche en el bar de enfrente.

La futura víctima, perseguida por su asesinato, iba dando vueltas a la habitación entre el regocijo de sus compañeros.

—¿No me pedías de rodillas que te buscara dinero?—decíale Gorito, sin dejar de correr, pero pensando

que de aquella forma era la única con que podía detener las «iras» de su entrañable amigo.

Luisín se cansó de correr y se paró ante Celi en el momento en que ésta decía:

—Vamos a tener cinco mil pesetas.

—Ese dinero me quemaría las manos; me quemaría la conciencia —exclamó Luisín.

—Esto es un muerto con pundo-nor.

—Pero estoy dispuesto a dejarme abrazar y a gastármelas todas en quince días.

Los estudiantes prorrumpieron en gritos de alegría y uno a uno fueron abrazando al «muerto».

—No seáis tan expresivos, que se puede presentar Maribel—advirtió Miguel, recordando a la prometida de Luisín.

—No, eso, no —dijo el aludido con rostro de espanto.

—¿Tan comprometido estás con esa mujer?—inquirió Celi.

—Entre esa mujer y yo hay un lazo indisoluble...

—Un lazo de ocho mil pesetas —añadió Gorito—que ella le entregó para los gastos de la boda...

—¿Qué boda?—preguntó una de las estudiantes—. Aquí no se casa nadie más que esa afortunada de Celi.

La joven miró a Miguel con complacencia, lo que fué aprovechado por Gorito para hacer una de las suyas, poniendo de relieve las tiernas miradas que se cambiaban los dos enamorados.

—El idilio de Celia y de Miguel, o los amantes de Teruel, que nacieron tonta ella y tonto él.

Las últimas palabras fueron oídas por doña Loreto, que acudía gozosa a ver el grupo de estudiantes que se albergaban en su casa.

—También os parece mal que haya dos de vosotros que sean for-

males? ¡Ay, si todos fueseis como ellos!

Los comentarios de los demás se sucedieron como una letanía:

—Pagan puntualmente.

—Estudian tanto que desacreditan la profesión.

—Harán un matrimonio ideal.

—Un matrimonio de doctores en medicina. Ya estoy viendo el idilio: una consulta.

El jolgorio continuó aun un buen rato, hasta que cada uno fué retirándose a su habitación, con objeto de prepararse para acudir a la mesa.

UN GATO MUERTO

El segundo Luisín que habitaba en la pensión de doña Loreto, era un precioso gato a quien todos querían y mimaban, desde la patrona hasta Gorito, a pesar de que éste en algunos momentos le hiciera alguna perrería.

La única excepción en la regla era don Hermógenes, el cual no podía soportar la presencia de aquel felino que en muchas ocasiones no le dejaba dormir con sus maullidos, o que le revolvía la bien ordenada ropa.

Y no olvidaba que cierta mañana, durante una ausencia accidental, «Luisín» entró subrepticamente a su habitación y se comió las abundantes croquetas que la buena de

Casi le había dejado como desayuno.

En este día se hallaba totalmente decidido y la suerte del gatito estaba echada. Don Hermógenes se proveyó de unas empanadas y salió sigilosamente al pasillo dispuesto a atraerse el gato. Este, que sabía que no contaba con el afecto del «cenizo» de la pensión, iba alejándose lentamente como si temiera huir de un modo claro.

—¡Bis, bis, bis!—hacía don Hermógenes, llamando al gato. Pero éste, ¿bah!, ni caso.

—«Luisín», «Luisín» — insistía con hipócrita zalamería.

A sus llamadas apareció Luisín, pero el estudiante, que estaba su-

biendo las escaleras para dirigirse a su cuarto.

—¡Al aparato! ¿Quién me llama?

Al ver a don Hermógenes, que se había erguido con las empanadas en la mano, no pudo ocultar su sorpresa.

—Caramba, don Hermógenes, ¿qué hace usted por los pasillos?

El aludido trató de despistar y quiso ensayar una sonrisa angelical que le salió como la mueca que hace uno cuando le pisan el callo preferido.

—Llamaba a «Luisín». Quería invitarle con una empanada. ¡Es tan simpático ese animalito!

—¡Ah! Pues muchas gracias.

Y Luisín le cogió las empanadas y se las comió tranquilamente, ante la sorpresa de don Hermógenes.

—Y que perdone mi tocayo —añadió el estudiante.

Don Hermógenes se puso furibundo y le lanzó una mirada con más voltaje que produce una central eléctrica.

—Entre usted y su «tocayo» me van a llevar a la ruina...

—¡No!

—¡Al crimen!

—¡Ay, qué miedo!

Y enjugándose la boca con un pañuelo, satisfecho por las empanadas comidas, Luisín se alejó dejando a

don Hermógenes en la caza del gato.

Tuvo suerte el indigesto pupilo de doña Loreto, porque escondiéndose detrás de una puerta consiguió coger al gato, al que se llevó a su habitación, donde consumó el gaticidio sin escrúpulo de ninguna clase. Sabía que ello iba a costar un disgusto a Casi, pero lo sacrificó en aras de su futura tranquilidad.

* * *

Poco antes de que se diera la señal de la hora de comer, Celi y Miguel estaban en la habitación de ella hablando de sus problemas amorosos. El bueno de don Matías dormía en un sillón, descansando de las fatigas de su trabajo diario.

—Vas a ser el médico más guapo de España—decía Miguel a su futura esposa.

—Formalidad, Miguel.

—Dentro de pocos días, nuestro título de médico, nuestra partida de matrimonio y nuestro nido de recién casados.

—¡Calla, tarambana! Déjate de zalamerías y vamos a aprovechar el tiempo estudiando. Porque mañana no sabremos ni una palabra de las cosas del corazón.

—Le diremos al catedrático lo que pasa en el nuestro.

Celi sonrió viendo que era imposible hablar en serio con su prometido en aquellos momentos en que él sentíase feliz de poder hablar tranquilamente con ella. El tío dormía...

—Le diremos que tiene exceso de palpitaciones, porque hay que ver en el lío que estamos metidos.

—No te preocupes.

—Debíamos decirle a tu tío toda la verdad.

La frente de Miguel se ensombreció al oír nombrar a su tío.

—Tú no conoces a mi tío Rodrigo; te he pintado mil veces su carácter autoritario y su genio terrible; es un hombre insoportable.

—Las fieras también se aman—comentó Celi, no dando su brazo a torcer.

—Las fieras sí, pero mi tío no. En el pueblo se ha pegado ya hasta con su sombra.

—¿Tan intratable es?

—Según—dijo Miguel con amarga sonrisa—. Desde lejos y por carta no es peligroso.

—Pues mi padrino quiere hablar con él.

—¡Pobre don Matías! Es muy bueno, pero desconfío del éxito.

Los dos jóvenes se volvieron sorprendidos hacia don Matías, que aparentaba estar dormido, pero estaba en lo que se hablaba.

—Yo le veré y nos entenderemos, ¡ya veréis!

Celi le reconvinó amicalmente.

—Escuchando, ¿eh? ¡Pícaro padrino! Estás en el peso y las pasas.

—No, hija—explicó el anciano músico—. Es que el sueño de los viejos es como el de las liebres; un ojo entornado y otro abierto.

E hizo una transacción para volver al asunto que les interesaba.

—Confiad en mi intervención—añadió—. Yo aplacaré a don Rodrigo. ¿Qué no haré yo por ti?

La joven se abrazó a su padrino.

—Usted lo ha sido todo para mí. Yo no he tenido una madre que me besara y ni siquiera el recuerdo de esa madre. Comprenderá usted ahora que le quiera tanto.

—Celi, hija—balbució el viejo, emocionado ante las palabras de cariño de su ahijada, a quien adoraba.

La escena familiar fué interrumpida tumultuosamente por la entrada del simpático Luisín, que de momento no se dió cuenta de que su intromisión no era oportuna.

—¿Qué hay, Miguel? Hola, Celi.

Al verles emocionados se quedó algo cortado y sin saber cómo justificarse.

—Parece que me he columpiado, ¿no?—pudo decir.

—No, hombre, no; pasa—dijo

Celi, comprendiendo la buena fe de Luis.

—Es que nos has cogido en un momento de... — trató de explicar Miguel—. Bueno, que estamos en un lío que no sé cómo saldremos de él.

—Con valor — comentó Luis—, que es como salgo yo de todos mis apuros; que el bárbaro de tu tío —y perdona por la parte que te toca— se enfada y te deshereda, pues bueno, vosotros dentro de unos días cogéis vuestro título de médico y a vivir.

—Eso crees tú.

—Y a vivir—insistió Luisín, pesa a la interrupción de Celi—, que viendo cómo están las Ramblas a las ocho de la noche, es cuando uno se da cuenta de la gente que queda por matar todavía. ¡Con la de médicos que hay y no dan abasto!

—No te metas con la profesión, porque te mato—exclamó Celi, cómicamente enfadada.

—Gracias. Déjalo para el día que tengas que recetarme algo.

Los circunstantes rieron el chiste, disponiéndose a bajar al comedor para dar cuenta de lo que les había puesto Casi.

EL TRAJE DE DON HERMOGENES

DON Hermógenes estaba ausente tras de su fechoría con el pobre gato y puede decirse que llevaba casi veinticuatro horas sin haber sido objeto de ninguna nueva broma de los estudiantes y en particular de Gorito.

Se acercaba la hora de comer y se encaminaba tranquilamente a la «Pensión Loreto» pensando en las abundantes raciones que le ponía Casi, en aras de la simpatía que le había despertado.

Mientras tomaba un modesto tranvía, Gorito hacía de las suyas. Acababa de aparecer en un saloncito donde se hallaban reunidos los estudiantes, luciendo un traje que le venía largo y estrecho y de un color indefinido, aunque su propieta-

rio lo debía llevar muy a gusto, puesto que la única buena particularidad que tenía era de que estaba casi nuevo.

—¡Eh!—gritó Gorito, dando un salto y plantándose ante sus compañeros—. ¿Qué os parece mi trajecito?

Los comentarios y las risas fueron unánimes. Todos dejaron sus ocupaciones y rodearon al andaluz.

—Pero ¡qué birria! —comentó Pilar.

—Imponente —dijo otro, que respondía por el nombre capitalesco de «Montevideo».

—¿De dónde has sacado esa funda de paraguas?—inquirió Luisín, interesado siempre en la raíz de las bromas.

—Del guardarropa de don Hermógenes.

La contestación de Gorito fué la consigna para que todos se lanzaran sobre él riendo y golpeándole, tirando uno por un lado y otro por el opuesto. El barullo que se armó fué descomunal y dejó aterrado a don Matías, que bajaba tranquilamente para ir al comedor.

—Pero, muchachos; estaros quietos; dejarlo en paz.

La reconvencción del viejo músico ni siquiera fué oída por los estudiantes, que, por contra, oyeron perfectamente la voz de Casi que aparecía en la puerta.

—Oigan. ¡A comer!

Como tocados por un resorte, todos abandonaron a Gorito y salieron corriendo del saloncito dispuestos a ocupar su sitio en la mesa.

Don Matías acudió en ayuda de Gorito, que estaba tendido en el suelo, maltrecho y con el traje que parecía el uniforme obligado de un espantapájaros de segunda mano. Pero el jocosos andaluz reía a mandíbula batiente.

—¡Dios mío!—exclamó el padrino de Celi—. ¡Pobre traje!

—No se preocupe. Ya lo pagó don Hermógenes.

—Pero ¿es de él? Con el genio que tiene, ¿qué le va a usted a decir? ¿Qué explicación podrá darle?

—¿Explicaciones a ese fósil? Si me las pide le desafío y le hago puré de lentejas.

Don Matías movió la cabeza, no aprobando la actitud del impetuoso joven y ambos se presentaron en el comedor, donde don Hermógenes, puesto ya en antecedentes por Casi, se acercó a Gorito y le interpeló duramente:

—¡Estoy de estudiantes hasta la coronilla! Ponerse un traje mío y hacerlo jirones! ¡Pero qué se ha creído usted, miserable!

—Tran... tranquilícese usted... Yo quería... yo...

El ofendido no admitía razones.

—¡Usted quiere que yo lo desuelle y arregle mi traje con trozos de su piel a ver si alguna vez sirve usted para algo útil... ¡insensato!

—No se descomponga, don Hermógenes—le gritó Luisín desde la mesa—. Si se descompone en vida, ¿qué dejará para los gusanos cuando se muera?

El aludido se sentó en su silla, dejando tranquilo a Gorito y murmurando:

—¡Cuchufletas encima!

No bien había acabado de pronunciar estas palabras cuando un hueso de aceituna lanzado por mano desconocida dió en la frente de don Hermógenes, cuando se disponía a probar la comida. Y la calma

que aparentemente se había restablecido en su ánimo, volvió a desaparecer, dando paso a una pregunta hecha con ademán alterado.

—¿Se puede saber quién es el insensato que me ha tirado el hueso?

Gorito, algo más tranquilo por la distancia que le separaba del efervescente pupilo, le dijo:

—¿Pero cuándo se va usted a civilisá, don Hermógenes? Hay que tené correa.

—Eso mismo, una correa le haría falta a usted—comentó Casi, al tiempo que servía a don Hermógenes y le ponía doble ración que a los demás.

—¡Eh, eh!—gritó Luisín, que observó la maniobra de la criada—. Que se te va la mano sirviendo a don Hermógenes; si esto es equidad, venga doña Loreto y lo vea.

La advertencia de Luisín acabó con la paciencia del funerario don Hermógenes, que exclamó con violencia:

—¡Desde mañana comeré en mi cuarto!

—¡Bravo! Desde mañana comeremos todos en el cuarto de don Hermógenes.

Don Matías, que escuchaba en silencio las bromas que prodigaban los estudiantes, se consideró obligado a intervenir para poner coto a lo que ya parecía demasiado; aunque

en realidad no sentía mucha simpatía hacia él.

—Dejaos de bromas y de molestar a don Hermógenes—dijo—y estudiar un poco más, muchachos. De esta forma corresponderéis a los sacrificios de vuestros padres.

—Eso es verdá—concedió Gorito—. Me ha tocado usted las alas del corasón. Desde mañana...

—Cuidado, Gorito. Mira lo que ofreces—dijo una voz amiga.

—Desía que desde mañana los únicos que seguirán estudiando como siempre serán Celi y Migué.

Una exclamación unánime coreó la última frase del andaluz, que añadió:

—Para mí, un estudiante estudioso que estudie es algo merecedor de toda mi admirada admiración que admiro.

El juego de palabras fué acogido con gran griterío, que cuando cesó fué aprovechado por Celi para intervenir. No en vano se había aludido a Miguel y a ella en lo de estudiosos.

—Esto es lo que debías tú hacer, estudiar. Que llevas doce años de carrera y no has conseguido salir del cuarto.

—¡Qué quieres, hija, me tienen secuestrado en él. Pero el mejor día escapo y me hago como don Hermógenes, un alto empleado de la Telefónica.

—¿Alto empleado y gana setenta duros?—dijo una de las jóvenes.

—¡Ah!—repuso Gorito—. Pero tiene la oficina en el piso noveno.

Al oír estas chirigotas, a pesar de la advertencia de don Matías, por poco se atraganta don Hermógenes, a lo que contribuyó el ver el postre que le ponía Casi en aquel mismo momento.

—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¿Qué postre nos dan hoy?

—¿No lo está usted viendo? Arroz con leche—le aclaró Miguel, que estaba cerca de él.

—¡Que nos traigan a doña Loreto!—gritó uno. Y en seguida se formó un coro imponente llamando a la patrona, hasta que ésta, atraída por el griterío, apareció en el comedor.

—¿Qué escándalo es éste? ¿Qué pasa aquí?

—Queremos brindar por usted, doña Loreto—explicó Luis, levantando su copa de vino.

—¿Por mí?—inquirió la aludida, extrañada.

—Y por Valencia... ¡Viva Valencia, y viva la Albufera!

Todos cerraron los gritos que al-

ternativamente iban dando Gorito y Luisín, máximos exponentes del jolgorio en la casa.

—Ha rendido usted culto a la magnífica tierra valenciana—le dijo Celi, como justificante de los vivas que se daban.

Gorito, mientras tanto, cogió las flores de los jarrones de encima la mesa y haciendo un ramo con ellas se lo entregó a la patrona, diciéndole:

—Nos ha puesto usted de primer plato arroz a la valenciana; de segundo, croquetas de arroz, y de postre, arroz con leche.

—¡Viva el Turia!

—¡Viva!

Gorito no se amilanó por la interrupción y prosiguió diciendo a doña Loreto:

—Y ahora tráiganos un depurativo porque hoy nos ha llenado usted de granos.

Los vivas y los gritos se reprodujeron con mayor intensidad, y a consecuencia de ello se derramó una copa de vino justamente sobre los pantalones de don Hermógenes. Indignado, se marchó, entre los gritos y vivas de los circunstantes.

LA LLEGADA DE UN TÍO

MIGUEL acababa de recibir una carta de su tío anunciándole su llegada y le faltó tiempo para salir en busca de sus compañeros para pedirle consejo y ayuda, ya que no se atrevía a enfrentarse con él. Por otra parte, y según referencia, don Rodrigo se había enterado de la existencia de Celi como prometida de su sobrino y no estaba dispuesto a tolerar tales relaciones, ya que abrigaba el propósito de casarle con otra sobrina: Marta.

Encontró a la mayor parte de los estudiantes en el gimnasio, donde se practicaban en el boxeo y entre puñetazo y puñetazo consiguió que Gorito se ofreciera en arreglarlo todo.

Seguramente Miguel era un chi-

co serio e inteligente, pero en cuanto se hablaba de su tío perdía la serenidad. De otro modo no se comprende que confiara en Gorito para que arreglara sus asuntos; el andaluz era especialista en complicarlo todo y como buen aspirante a abogado lo resolvía todo echando mano al Código Civil; a uno le extendía una supuesta papeleta de defunción, al otro lo casaba, y al demás allá no lo registraba como recién nacido, porque se habría notado.

Mientras cogía el tranvía para ir a la pensión, don Rodrigo, acompañado de su sobrina Marta, hacía su entrada en la casa.

El tío de Miguel era un tío con toda la cara. Una expresión amargada, ojos saltones, rostro chupado y aire desgarbado; y a todo ello unía

el veneno que destilaba cada vez que hablaba.

Como contraste, Marta era una deliciosa joven de facciones correctas y escondiendo tras de su afectada expresión de seriedad, todas las ganas de reír y divertirse que alberga toda alma joven y sana.

Fué Casi la primera de la pensión que tuvo relación directa con el tío.

—¿Pensión Loreto? — preguntó don Rodrigo, mirando a Casi como si fuera a agredirla.

—Pasen, pasen ustedes. Por aquí, señores. ¿El tren sin retraso, verdad? Y el viaje, ¿bien? No hay duda. ¿Muy cansados? No. Ya veo que no. Siéntense un momento en el saloncito. La dueña de la pensión vendrá en seguida y les atenderá. Hagan el favor de esperar un poco.

La verborrea de Casi no agradó a don Rodrigo, que le contestó fieramente:

—Cuando yo interrogo no me gusta por contestación más que el monosílabo.

Casi se marchó, comentando intrigada por la palabra:

—¿Qué mono será ése?

En aquel momento se cruzó con Gorito, que entraba en cumplimiento de su delicada misión. Y al oír lo de mono, aclaró:

—No hay más que verle. El que trae en la cara.

Gorito se arregló la corbata al ver a Marta y se acercó a los dos visitantes que daban la espalda a la entrada.

—Buenas tardes, señorita.

—¿Y a mí, qué? ¿No me ha visto?—gruñó don Rodrigo.

—Sí, señor. Es que...

Claro, a Gorito sólo le interesaba la joven. El tío de Miguel le importaba un comino después de haber visto a Marta.

—Si es usted miope, cómprese gafas. Y a propósito: ¿usted también vive en esta fonducha?

—Hombre, fonducha... Fíjese en los muebles. Esto es el «non plus ultra» de las pensiones estudiantiles.

—Formalidad y laconismo — le interrumpió el agrio don Rodrigo—. ¿Vive usted o no en este «non plus ultra», que a mí se me antoja la «casa de tócame, Roque».

—¿Cuántas palabras quiere usted que emplee en la contestación? ¿Estilo telegráfico o estilo corriente?

—Le advierto a usted que yo no aguanto las ingeniosidades de nadie. La chirigota y el chiste me atacan los nervios.

Marta sonrió a Gorito para suavizar con ello la mala impresión que su tío podía causar. Pero el joven estudiante no se amilanaba ante na-

die y menos después de haberse visto estimulado por la franca expresión de camaradería de la bella prima de Miguel.

—Pues a mí la chirigota me sale como la barba, sin querer...—exclamó Gorito.

—Que le afeiten.

—Y es que soy de allá abajo, sabe?, de Ceviya. ¡Casi na! ¿Conose usted Seviya, señorita?

—¡Ni le hace falta!—gruñó de nuevo don Rodrigo.

—A ella no; tiene ángel y se le ve en los ojos.

Marta le dió las gracias como un murmullo y trató de suavizar asperezas en el diálogo de su tío con Gorito, pues uno no estaba para bromas y el otro se las soltaba una tras de otra.

—Usted, como estudiante, andará mal de cuartos, ¿verdad?—preguntó don Rodrigo.

—Hombre, tengo uno con balcón a la calle que no está mal del todo.

—¿Otro chiste?—rugió el agresivo tío, pero modificó su actitud al oír la disculpa de Gorito, pero principalmente al ocurrírsele una idea que podía dar muy buen resultado, en vistas de averiguar lo que había de verdad de los amores de su sobrino con una estudiante.

—¿Qué diría usted si yo le diera quinientas pesetas?—preguntó.

—Que vivan los tíos con mala cara y buenas obras.

Don Rodrigo no hizo mucho caso de la contestación, fijo en su proyecto.

—Pues si usted me dice la verdad de lo que le pregunto, cuente con ellas.

—Puede interrogarme y tumbarse en el sofá, si quiere, y así el interrogatorio puede ser largo y tendido.

Su risa fué coreada por Marta, que trataba de disimular sin poder evitarlo. Su tío la reprendió:

—Ríe, mujer, ríe, si tanta gracia te hacen las vaciedades.

La joven balbució una excusa que don Rodrigo no oyó, ya que en aquellos momentos se dedicaba a interpelar severamente al estudiante.

—¿Usted no sabe quién soy yo?

—No, señor.

—Soy don Rodrigo...

—¿El de la horca? — preguntó festivamente Gorito, interrumpiendo por un segundo la explicación de su interlocutor.

—Soy el tío de Miguel. Me he enterado que ése caballerete me engaña, que tiene relaciones con una estudiante de la pensión; si eso es cierto, hoy mismo me lo llevo al pueblo y se casa con ésta.

Con un ademán de cabeza señaló a Marta, a quien Gorito preguntó:

—¿Y usted qué dise?

—Yo no digo nada—contestó la interpelada con un mohín de simpatía que atrajo la atención del festivo andaluz.

—Ella obedece—terció don Rodrigo.

—Pues yo le aseguro que le han engañado—dijo Gorito, contestando a la pregunta y en defensa de Miguel—, y le empeño mi palabra de honor... que es lo único que me queda por empeñar.

—Necesito pruebas.

—La prueba es aplastante, porque esa señorita Celi que usted dise es la esposa de nuestro compañero Luis.

Gorito, entre sí, decía: «Ya la he soltado. ¡Mi mare la que se va a armá!». Y era verdad, porque en el lío que acababa de iniciar comprometía a varios personajes de golpe y porrazo, aparte que tenía que contar con la complicidad de todos. Pero él siguió adelante con la broma pensando que al fin le tenía que salir bien.

—Hombre, empiezo a tranquilizarme—dijo don Rodrigo, iniciando una sonrisa.

El que empezaba a perder la tranquilidad era Gorito cuando vio que entraba Luisín, el amigo a quien acababa de «casar».

—Buenas tardes—dijo Luis—. ¡Caramba! ¿Un nuevo estudiante?

Gorito se adelantó a presentarles.

—¡Hombre! Aquí precisamente tenemos a nuestro amigo Luis, el as de la gracia. El tío de Miguel.

—Celebro conocerle a usted, joven—repuso don Rodrigo, con una extraña e inusitada amabilidad.

—Lo celebramos juntos. Y me satisface contemplar esa belleza helénica que le acompaña.

La faz de don Rodrigo tornóse sombría. Y nació de nuevo toda la agresividad de que era capaz.

—El que lanza un piropo a mi sobrina ingresa en la Casa de Socorro—dijo con voz ronca, y agregó—: Y si el piropoador es además casado, como usted, entonces está a dos pasos del cementerio. ¿Me oye?

Marta trató de intervenir, al tiempo que Gorito le decía por lo bajo:

—Para salvar la situación te he casado con Celi.

Luisín quiso agredirle, diciéndole:

—Pues me has matado dos veces.

Gorito quiso causar buena impresión a don Rodrigo, y logró zafarse de la agresión de su compañero.

—Siempre estamos así—explicó—. ¡Bromistas que somos!

—¿Lleva usted mucho tiempo casado?

La pregunta del tío dejó confuso

a Luisín, que ignoraba lo que había dicho Gorito, y por ello trató de salir de la mejor manera posible, eludiendo una contestación concreta.

—Eso se lo dirá Gorito, que es el que me lleva las cuentas.

La situación quedó salvada con la entrada de doña Loreto que acudía a recibir la visita que le había anunciado Casi.

—Caballero—dijo—, me han dicho que preguntaba usted por mí.

—Bueno, señora — repuso don Rodrigo, después de saludar a la patrona—. Le escribí a usted una carta hace unos días y en ella le preguntaba algo respecto a mi sobrino Miguel... Ahora quiero que me diga categóricamente... ¿quién es la esposa de ese joven?

Don Rodrigo señalaba a Luis que encontrábase al lado de doña Loreto. Esta se mostró extrañada ante la pregunta y miraba interrogativamente a Gorito, que se hallaba detrás del tío de Miguel.

La entrada de Celi abrió el cielo a la esperanza de Gorito, que vio salvada la situación, y le hacía señas a doña Loreto, indicándole a la joven estudiante. Pero la patrona no se dió cuenta de la recién llegada y comprendiendo que se trataba de un enredo de los jóvenes para proteger a los enamorados, sin reflexionar, exclamó:

—¡Ah, la esposa de Luis... ¡soy yo!...

—Pero ¿qué dice usted, señora? —inquirió don Rodrigo, sorprendido, mientras Gorito le hacía señas negativas y Celi avanzaba unos pasos, por lo que la patrona comprendió que había resbalado.

—No, no—corrigió—. Digo que la esposa de ese joven soy yo... quien se lo diré. Aquí la tenemos: la señorita Celi.

—¡Ah! Es muy gentil y muy bonita—repuso don Rodrigo, inclinándose ante Celi—. Es una mujer que me río yo...

—Se ríe usted, pero no lo nota nadie—repuso Luis, y dirigiéndose a Celi, añadió—: Es el tío de Miguel...

—¡Cómo! — preguntó Celi, espantada.

—Sí; de ese muchacho que está aquí en la pensión, mujercita mía.

Celi rehuyó la presión de la mano de Luis en su brazo, pero sonrió al ver que don Rodrigo les miraba fijamente.

—Bueno — dijo el tío—, van a prepararnos dos habitaciones, porque nosotros nos quedamos aquí.

A pesar de los esfuerzos que hicieron Luis y Gorito, no consiguieron que desistiera de su propósito. Por otra parte, doña Loreto no pudo secundarles, ya que Casi había di-

cho que tenían habitaciones de sobras. Los dos viajeros fueron acompañados por la patrona, mientras que los tres estudiantes quedaban debatiendo la situación en que les había puesto la llegada de don Rodrigo.

Celi se paseaba nerviosamente por el salón hasta que se paró interpellando a Luisín:

—Nada, que yo mato al autor de esta farsa que seguramente has sido tú, Luisín.

—Ha sido Gorito—protestó el aludido—, que con sus ideas luminosas nos ha casado y nos ha metido en este lío.

—Yo por salvar la situación, como el tío venía dispuesto a llevarse a Miguel al comprobar vuestras relaciones, pues la única manera de despistar era casándote con otro.

—Ni yo tolero esta broma estúpida, ni acepto un marido tan birria como éste.

Luisín se sintió ofendido en lo más vivo. Y protestó:

—Mujer, que para ser un marido interino, no estoy tan mal.

—Tú eres un tarambana y un majadero y un...

Antes las invectivas de Celi, Luis reanudó su protesta, mientras Gorito se mantenía a la expectativa.

—Oye, oye—dijo—, que esta-

mos en la luna de miel; a ver si te reportas un poco.

Para acabar de complicar la discusión apareció de nuevo don Rodrigo, instalado ya en una de las mejores habitaciones de la pensión.

—¡Vaya, hombre! Parece que su señora está un poco enfurruñada con usted.

Luisín se ahorró la contestación, porque la entrada de un nuevo personaje en escena iba a poner las cosas a un rojo subido.

—¡Hola, Celi!—dijo el recién, que no era otro que Miguel. Y dándose cuenta de la presencia de su tío, con fingida alegría se acercó a él con los brazos abiertos. Don Rodrigo le recibió también cariñosamente. Se habían desvanecido sus sospechas de que su sobrino tuviera relaciones con Celi y estaba contento, cosa extraña en él.

—¡Tío de mi alma!

—Ven acá a mis brazos.

Después de los primeros transportes de alegría (un tanto amarga en Miguel), el tío le invitó a entrar en la habitación para que saludase a su primita. Pero tuvo que hacerlo a empujones, ya que Miguel no quería moverse del salón a fin de saber a qué atenerse, ya que ignoraba totalmente la farsa que se había montado.

—Miguel será un marido ideal

—exclamó don Rodrigo dirigiéndose a los circunstantes—. Por fin verá lograda mi mayor ilusión: que se case con su prima.

Miguel entró en la habitación y Celi, indignada por aquel hecho, no cesaba de pellizcar a Luis, que en su afán de demostrar a don Rodrigo que estaban casados, la tenía cogida por la cintura.

Pero una nueva tormenta se acercaba. Y se cernía sobre la cabeza de Luisín. Maribel, su novia, acababa de hacer entrada en el salón, cansada de estarle esperando en el café de la esquina.

Coincidió su entrada con la marcha de Celi, que finalmente pudo zafarse de estar presente en la reunión. Luisín no se había dado cuenta de la entrada de su novia y hablaba tranquilamente con don Rodrigo.

—Tengo la mujer más bonita del planeta, y ¡me quiere de un modo! —dijo, y al volverse casualmente, ve a Maribel, que le dice «Hola» y él corresponde con igual saludo, sin fijarse de quién se trata. Luego reaccionó y se puso pálido como la cera. ¡Estaba perdido!

—Menos mal que he dado contigo; desde las cuatro que te estoy esperando—dijo Maribel.

—¿Qué significa esto?—preguntó don Rodrigo al ver la familiari-

dad con que la recién llegada trataba a Luisín, a quien creía casado—. ¿Quién es usted?

—Casi nada: su prometida.

—Pues ha llegado usted tarde, señorita, porque este joven es casado—repuso don Rodrigo, y volviéndose hacia Luis, preguntó—: ¿Verdad?

—¡Hable usted!—chilló don Rodrigo—. ¿Quién lleva razón?

—Los dos.

La discusión continuó más agria todavía, pero esta vez fué Maribel quien se decidió a cortar por lo sano dirigiéndose violentamente a don Rodrigo:

—Pero, bueno, a todo esto, ¿se puede saber su gracia?

—¿Mi gracia? Yo soy la voz de la conciencia, el verdugo de los amores ilícitos...

Luisín estaba aterrado.

—Ahora mismo rompen ustedes esas relaciones inconfesables—prosiguió diciendo el tío—. Se devuelven las cartas y los retratos...

—Y las ocho mil pesetas—interrumpió diciendo Maribel.

Afortunadamente, don Rodrigo se cansó de «desfacer entuertos» y en un arranque de furor hizo largar a la pareja, que se marcharon tranquilos y dispuestos a toda clase de explicaciones.

UNA DECISION DE CELI

DESDE la llegada de don Rodrigo, no había paz en el alma de Celi. Estaba locamente enamorada de Miguel, pero comprendía que ante la oposición de su tío no tenía nada a hacer. Era muy importante la herencia que tenía que percibir su prometido para que se decidiera a abandonarla, y por otra parte, Miguel no tenía otro recurso que someterse a las decisiones familiares si quería proseguir la carrera que estudiaba con tanto cariño. Y precisamente en aquellos momentos que se acercaba el fin de sus ilusiones no era posible que quedaran quebrantadas.

Celi creyó que debía sacrificarse en aras de la felicidad de Miguel, pero sabía que éste no se dejaría

convencer tan fácilmente. Aunque en el interior de la joven empezaba a sentir ya el aguijón de los celos que le producía la presencia de Marta, la primita de Miguel, con quien don Rodrigo quería casar. Temía que su novio, influenciado por su tío, se dejase vencer también por el atractivo de su primita y acabara olvidándola.

Pensando en todo esto se hallaba en su habitación, sentada ante el piano y tecleando distraídamente. Don Matías se acercó a ella comprendiendo cuanto pasaba en su alma. También el pobre anciano se debatía en suposiciones, si bien en su ánimo existía el ferviente propósito de que todo se solucionara en bien para su ahijada.

—No te comprendo, hija—le di-



—... Con la broma que
le he gastado a Luisín...

—¿Qué ocurre, Casi?



—¡Desde mañana comeré en mi cuarto!



—¡O el libro o la cuenta!



Celi rehuyó de la presión
de la mano de Luis...



Gorito preparó un buen
remojón para el iracundo
don Rodrigo.



... Vió cómo la silla se
le escapaba...



—¿Y me lo aconsejas,
tú?—inquirió Miguel.



—Pues por mí no ha concluído. ¡A la cárcel los tres!

—¡Abráceme usted, don Matías! —exclamó Miguel.



—A mí no me quiere ni me conoce nadie—dijo don Rodrigo.



—... fuí yo quien le estranguló.
—¿Usted?

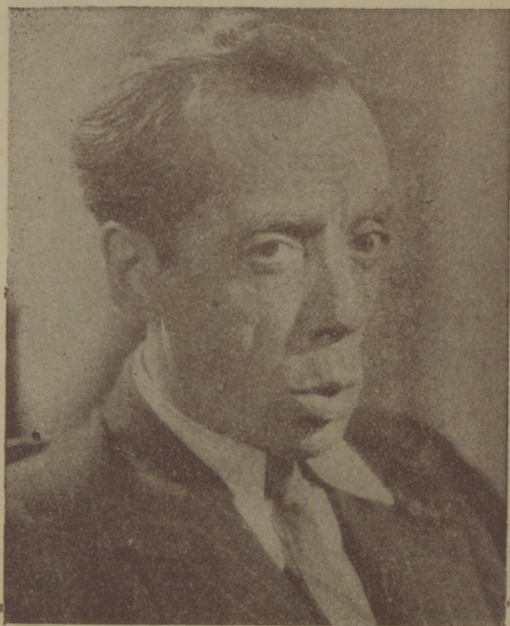


— Mi sobrina se casa con
Gorito...

... creyendo hallarse ante
el fantasma de su pariente
asesinado.



Don Rodrigo era feliz
con sus dos sobrinas.



Freyre de Andrade en su
papel de don Rodrigo.

jo—. El romanticismo está bien, pero hasta cierto punto.

Celi se volvió de cara a su padrino, con el rostro entre malhumorado y triste.

—No es romanticismo; es que prefiero la felicidad de Miguel a la mía. ¡Que se case con su prima y sean muy felices!

—Y colorín colorado. Así acaban los cuentos infantiles. Tú no dices lo que sientes.

—¿No?—inquirió la joven, mirando con asombro al anciano.

—No. Tú quieres probar a Miguel.

—No es eso, padrino. Quiero devolverle su libertad.

—Sí, sí. Diciéndole: «Ahí tienes a tu primita. Mira qué mona y qué rica es. ¿Por qué no te casas con ella y me olvidas a mí?». ¡Qué abnegación!

—¡Ah, sí! ¿Lo dudas entonces?

—¡Naturalmente! Y si el pobre muchacho vacila un momento y se deja embaucar por tu «candorosa» abnegación, está perdido. Sacas las uñitas y lo desuellas. Conozco el juego, pero te advierto que es peligroso.

Celi escuchó el pequeño discurso de don Matías con atención, y aunque aparentaba no compartir su opinión, en el fondo estaba conven-

cida de la verdad que encerraban las palabras de su padrino.

—¿Y qué otro recurso me queda? Ya has visto la actitud de su tío; jamás aprobará nuestro amor. Desheredará a Miguel y todo por culpa mía. Yo no soy tan egoísta. Prefiero sacrificarme.

—¡Hum! Eso es muy bonito. Pero cualquiera sabe lo que te propones en realidad. Eres mujer y no es fácil entenderte. En fin, no cuentas conmigo para esa diablura.

—¿Me abandonas entonces?—inquirió ella, extrañada ante la última frase de su padrino.

—Al contrario. ¡Te defenderé contra ti misma!

—Pobre padrino. ¡La bondad te ciega! ¿No comprendes que si renuncio es para evitar la vergüenza de que me desprecien? Ellos son ricos y yo...

—Tú vales todo el oro del mundo—le interrumpió don Matías—, porque eres buena, inteligente... porque eres bonita.

Celi se sintió emocionada por las palabras de su padrino y por las circunstancias que las motivaban y se echó de bruces sobre el piano, sollozando:

—Calla, padrino; te ciega el cariño que me tienes; tú no quieres comprenderlo, pero yo sé que debo renunciar.

Poco hablaron ya sobre el asunto. Se hacía tarde y decidieron irse a acostar. Celi tenía ganas de hallarse sola y poder ahogar sus penas.

Se despidió de su padrino con un beso y salió de la habitación dispuesta a irse a la suya. En el pasillo encontró a don Rodrigo, a quien quiso ocultar las lágrimas que anegaban sus ojos.

El tío la saludó afablemente. Sentía cierta simpatía por la joven a quien consideraba casada con un hombre ligero e indigno de tal joya de mujer.

—Caramba, señora—le dijo—. ¿A acostarse ya?

—Sí... sí, señor—repuso ella, azorada al verse ante el hombre que se interponía en su vida.

—Y su marido, ¿ya está en la cama?

—No sé... como él es así tan... En fin, usted ya sabe cómo es...

Celi no se atrevió a confesarle la verdad y prefirió continuar la farsa.

—Sí; un poco despreocupado, pero... no llore usted, señora. Ahora mismo voy a buscarle y se lo traigo.

—No, no — protestó Celi, temiendo que cumpliera lo que decía—. Déjelo, no se moleste.

—De ninguna manera. Yo le traigo a su marido... vivo o muerto.

Celi entró en su habitación y don

Rodrigo se iba para la suya cuando oyó que subía alguien. Se paró y pudo ver a Luisín hablando con una de las estudiantes que en aquellos momentos bajaba la escalera.

—Cada día estás más guapa, Merche—decía Luisín, andando hacia atrás y sin darse cuenta que don Rodrigo estaba observándole con los brazos cruzados y con su cara de pocos amigos, con muchos menos amigos que de costumbre.

—¿Qué hace usted?—gritó el tío cuando Luisín tropezó con él, al seguir andando como los cangrejos.

—Pues estaba buscando... estaba...

—Usted es un desahogado y un inconsciente. En vez de hacer el amor a esa chica debía consolar a su pobre mujercita, que está llorando toda la noche.

—¿Mi mujercita?—inquirió Luis distraído—. Ah, sí; claro, claro.

—No empiece a bromear. Por cierto que todavía no acabo de explicarme este matrimonio, que se me antoja una barbaridad. Por parte de ella, naturalmente.

—¡Muy amable, muy amable!—repuso Luisín con cara agria.

—¿Cuándo se casaron ustedes?

—El día de la boda.

La respuesta de Luisín no amilánó a don Rodrigo, que siguió preguntando e indagando:

—Me gustaría ver el retrato de novios.

—Salimos muy mal, no se nos conoce. ¡Como que no somos nosotros!

—¿Y de novedades, qué? —inquirió con ademán discreto.

—¿Novedades? Se quemó hace años. ¿No lo sabía usted?

Mientras iban hablando acercábase a la habitación de Celi. Al llegar frente a la puerta, don Rodrigo la abrió de sopetón y empujando a Luisín lo cerró dentro, guardándose la llave y se dirigió a su habitación, donde le esperaban varias trampas que le habían preparado los estudiantes para hacer su «descanso» más reparador.

La primera de ellas —idea de Gorito, ¿cómo no?— consistía en un cubo de agua colgado estratégicamente sobre la puerta de entrada del cuarto con objeto de que al abrirla sufriera una inesperada y fría ducha.

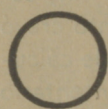
Los bromistas estudiantes estaban escondidos tras una revuelta del pasillo esperando la entrada del efervescente don Rodrigo y oír los gritos e improperios que lanzaría al recibir tan acuática sorpresa. Pero don Rodrigo se hacía de rogar. Estaba a punto de entrar y aun volvió

a salir, oteando por el pasillo si se oían algunas voces en el cuarto de Celi, pues esperaba que surgiera discusión entre los falsos esposos.

Finalmente entró y no es para ser descrito el susto que se llevó y las invectivas que lanzó contra el autor de la broma. Finalmente, viendo que con ello no conseguía nada, decidió secarse para evitar un resfriado. Cuando iba a sentarse en una silla para quitarse los zapatos, un cordel estratégicamente atado cuyo cabo opuesto estaba en la habitación vecina, le dejó sin asiento, dándose un morrón de padre y muy señor mío. De primer momento creyó que se trataba de un error de cálculo al irse a sentar, pero al intentarlo de nuevo y ver que la silla se marchaba como movida por un poder oculto lo adivinó en seguida. Porque don Rodrigo no creía en extraños poderes y en cambio estaba convencido de que los estudiantes tenían ganas de fastidiarle.

Por ello se vistió con su traje de noche, es decir, la camisa de dormir, tomando todas las precauciones imaginables antes de realizar maniobra alguna, transcurriendo unos minutos sin que le ocurriera nada más.

EN EL CUARTO DE CELI



TROS acontecimientos no menos interesantes, pero sí de otro cariz, tenían lugar en la pensión.

Luisín, atosigado por don Rodrigo, se vió metido y encerrado en la habitación de la novia de Miguel. El irascible tío, en su afán de reunir a los que creía marido y mujer, colocó a los dos jóvenes en una tirante situación.

Aunque el joven estudiante era un fresco con toda la extensión de la palabra, la bromita no le acababa de gustar, máxime sabiendo que, aparte de la natural sorpresa y molestia que iba a causar en Celi, contaba con la segura alteración de los nervios de Miguel. Y en el ánimo de Luisín no estaba el enemistarse

con los dos novios, a quienes profesaba una verdadera amistad.

No es para descrita la indignación de Celi al ver entrar a Luisín en su cuarto. El joven estudiante se defendía como podía de las invectivas de la joven alegando que él no había hecho más que seguir el juego. Cansados de discutir, Luisín se sentó en una silla dispuesto a descabezar un sueño y Celi se paseaba nerviosamente por la habitación decidida a sacar de allí al intruso y para ello era preciso que no se durmiese.

Viendo que empezaba a cerrar los ojos, cogió un grueso jarrón y lo estrelló al lado del durmiente, al tiempo que le gritaba:

—¡No duermas! ¡Te prohíbo que

duermas! Es inútil que intentes pegar un ojo. Señor estudiante, a ver cómo se las arregla usted para salir de este lío. No estoy dispuesta a consentir esta burla. No estoy dispuesta a ser el hazmerreír de todo el mundo. No estoy dispuesta a que se duerma usted ni un minuto, ni un segundo. ¿Se entera? Abra usted los ojos. Más abiertos.—Luisín trataba de obedecer—. ¡Más abiertooooos!

En aquel momento, Miguel abrió la puerta e irrumpió en la habitación. Había acudido al cuarto ocupado por su tío al oír las exclamaciones de éste después de haber recibido una completa ducha que le preparado los estudiantes y después de atenderle se enteró que Luisín estaba encerrado en el cuarto de Celi.

—No te preocupes. Acabarán haciendo las paces—le había dicho el tío al relatarle la pelea entre el supuesto matrimonio.

Luis, al ver entrar al novio de Celi, se levantó de la silla en que estaba dormitando y trató de justificarse.

—Hola. Estaba aquí de... excusión. No te gusta, ¿verdad? A mí tampoco. Pero como nos han casado...

—Tú con tal de hacer el idiota,

te prestas a todo—repuso Miguel, visiblemente indignado.

—Está bien, hombre. Encima de que uno se compromete por salvarte... ¡ingrato!

—Mira, Luisín, ¡vete, porque no respondo de mí!

—Me voy porque no me gustan las indirectas. «Good bye».

Celi había presenciado la escena con los brazos cruzados, escuchando impasible el diálogo entre su enfurecido prometido y el banal de Luisín. Había llegado la hora de intervenir, y a fe que lo hizo, causando gran sorpresa en Miguel.

—¿Desde cuándo entras violentamente en mi cuarto a gritar y a reñir?—le interpeló.

—Ese monigote ha tenido la culpa—dijo Miguel, tratando de justificar su actitud.

—Ese monigote es otra cosa.

—¡Cómo otra cosa! ¿Estás en tu juicio? Desde ayer...

—...Desde ayer han ocurrido muchas cosas; entre ellas, mi «casamiento» para salvarte de las furias de tu tío.

—No fué cosa mía, tú ya lo sabes. Ahora mismo deshago este enredo estúpido y le cuento a mi tío toda la verdad.

—¿Toda la verdad? ¿Y qué es toda la verdad?

Celi hablaba con un tono franca-

mente despreciativo, aunque en su interior sentía profundamente tener que hacerlo. Se había propuesto dejar el camino libre a Miguel, aunque ello le desgarrara sus más preciados sentimientos.

—Que nos queremós... —aclaró su novio a la pregunta de ella.

—¿Olvidas a tu prima?

—No he pensado nunca en ella.

—Pues es bastante guapa. Además, te conviene por muchas razones.

A Miguel no le entraba la idea de que su prometida le hablase de aquel modo. No llegaba a suponer que se tratara de un sacrificio, sino que se imaginaba los más descabellados motivos.

—¿Y me lo aconsejas tú? —inquirió.

—Porque te quiero bien.

—¡Celi; que se me va la cabeza! ¡Celi, que tú has cambiado!— Miguel se iba excitando con sus propias palabras—. ¡Celi, que yo mato a ese miserable!

—¿A quién?

—¡A tu marido de pega!

—¿Al pobre Luisín? Oh, pero si es tan simpático, tan amable, tan...

Miguel, en el paroxismo de su despecho se dirigió hacia ella con violento ademán.

—¡Cállate, Celi! —interrumpió

Miguel—. No tolero que juegues conmigo.

—Te advierto que estoy en mi cuarto.

—¿Eso es despedirme?

—Recordártelo nada más.

Su prometido adoptó una resolución. Una discusión llevada más allá no conduciría si no a una ruptura que no deseaba, a pesar de que el aguijón de los celos hacía mella en su ánimo. Por ello decidió marcharse, despidiéndose secamente de su novia.

En el ánimo de ésta chocaban muy dispares sentimientos. No podía decir claramente que le alegrase la discusión con Miguel, ya que a pesar de todo le amaba intensamente como nunca más podía ya querer a nadie, pero comprendía que era un estorbo en su carrera y quizá en su vida.

Miguel con el apoyo financiero de su tío podría establecer un gran consultorio y llegar a ser el médico famoso a que aspiraba; en cambio, si se limitaba a terminar la carrera con apuros, sus comienzos serían muy difíciles y su esfuerzo para sobresalir tendría que ser mucho más grande y quizá no pasaría de ser un médico vulgar y quizá confinado en algún pueblo de escasos habitantes.

Ella no podía ofrecerle otra cosa que su amor y la ayuda con el título

que confiaba obtener. En verdad era mucho, pero la buena de Celi consideraba que su novio merecía mucho más por su inteligencia, bondad y rectitud.

No le dolía tanto perderlo en este sentido, como el pensar que pudiera enamorarse de Marta. Esta era muy atractiva, joven y simpática, e indudablemente a la larga atraería a Miguel, máxime que con ello tendría el apoyo incondicional del tío. Pero no contaba con el corazón de la sobrina de don Rodrigo, que no estaba

enamorada de su primo ni mucho menos; le apreciaba como camarada y por la afinidad de sangre, pero sin que el amor entrara en ningún otro aspecto. Quizá también habría cedido a las presiones del tío, pero su corazón se sentía libre y deseoso de cobijarse donde hallara la verdadera felicidad que ansiaba para su vida.

Para quitarse los malos pensamientos de la cabeza, se puso a estudiar febrilmente. Los exámenes estaban cercanos y las asignaturas eran difíciles.

EN EL «NIDO DE ARTE»

LOS jóvenes estudiantes dedicaron su buena media hora, después de la cena, en gastar las bromas más pesadas a don Rodrigo. Entre ellas, la de despertarle cada cinco minutos, recordándole que estuviera tranquilo porque al siguiente día le llamarían puntualmente a las siete de la mañana. La última broma la llevó a cabo su propia sobrina Marta, impulsada por Gorito y estimulada por los demás.

Cuando bajaba las escaleras para dirigirse a pasar un rato en el saloncito con los estudiantes, se encontró con el jolgorio que armaban Gorito, Juanito, Montevideo y los menos «serios» de la casa que gradualmente iban aumentando el tono de la broma con don Rodrigo.

A Marta le hizo mucha gracia y hasta apuntó la posibilidad de que ella misma era capaz de hacerlo.

—¿A que no?—le dijo Gorito.

—Ahora veréis.

Y seguida por todos los demás, subió de nuevo al piso, avanzando sigilosamente hasta la puerta de la habitación en que descansaba su tío. Tres recios golpes le desvelaron por enésima vez aquella noche e inquietó la hora que era.

—¿Quién llama? ¿Qué hora es?

Marta contestó con un fuerte vozarrón disimulando la suya.

—No se preocupe, don Rodrigo. Mañana a las siete en punto le llamaremos. Descanse tranquilo.

Evidentemente era una punzante ironía lo de «descanse tranquilo», ya que hasta aquel momento no le

habían dejado reposar ni cinco minutos seguidos. Lo peor del caso era que don Rodrigo estaba rendido de sueño y en seguida volvía a dormirse, por lo que cuando le despertaban creía que había transcurrido ya toda la noche.

La broma se fué extendiendo hasta cerca de las doce de la noche, y alguno de los estudiantes empezaba a desertar, ya que la persistencia del mismo truco les fastidiaba.

Cansados ya de hacer rabiarse al tío, los jóvenes bajaron al vestíbulo de la pensión dispuestos a no irse a dormir todavía. Gorito trataba de convencer a Marta para que les acompañase al «Nido de Arte».

—Le aseguro que pasará un rato delicioso—decía el andaluz.

—No me atrevo a salir sin permiso de mi tío, y menos de noche—repuso la joven provinciana.

Uno de los estudiantes insistió:

—Pero si el «Nido de Arte» es una cosa familiar.

Finalmente la convencieron y cuando se disponían a marchar vieron a Miguel que bajaba las escaleras en dirección al grupo formado por los trasnochadores, entre los que se encontraba el inevitable Luisín. Este previó una nueva tormenta al ver la cara que traía el sobrino del tío. Por ello inició la salida diciendo:

—Bueno, yo rompo la marcha.

—Sí; antes de que yo te rompa los huesos—repuso Miguel.

—Pero... ¿qué ha pasado aquí?—inquirió Gorito, quien no se imaginaba malas caras entre estudiantes como no fuera al recibir la paleta con un suspenso.

—Ahí lo tenéis—dijo Luisín, justificativo—; le viene de familia. Amable, cariñoso... y agresivo.

La cosa no pasó a mayores, porque la comitiva emprendió la marcha hacia el «Nido de Arte», donde entre espontáneos y otros que no lo fueran tanto, se pasaba un rato distraído oyendo cantar, recitar y tocar a artistas improvisados.

La entrada de los estudiantes dejó en suspenso a una persona. Este era un anciano violinista que se ganaba unas pesetillas trabajando de noche en el terceto del «Nido» y no le interesaba ser visto por el grupo de pupilos de doña Loreto. El lector habrá reconocido en él a don Matías, el buen padrino de Celi, que con su trabajo se desvivía para costear la carrera a la estudiosa joven.

No obstante, no pudo evitar ser visto por Miguel, que a última hora decidió formar entre los que aspiraban divertirse, aunque en él se juntara un sentimiento de despecho y ganas de olvidar.

Miguel se dirigió hacia la orques-

ta, y don Matías abandonó su puesto a fin de no llamar la atención.

—¡Don Matías!—gritó el joven al ver que el padrino de Celi se alejaba. El aludido le hizo una seña indicándole silencio.

—Pasemos dentro, ¿quieres?

En un saloncito interior de la casa, don Matías ofreció una silla al estudiante y con ademán resignado quiso dar una explicación.

—Ya que mi secreto está entre los dos, voy a contárselo todo. Yo recogí a Celi. Era en aquellos tiempos en que yo daba conciertos y me pagaban bien. No supe ser hormiga y cuando otros conquistadores de la gloria vinieron a llevarse la mía, en mi casa no quedaban más que unas migajas del festín; unos cuantos recuerdos románticos y una niña de diez años: Celi.

—Continúe, don Matías...—rogó Miguel al ver que el anciano se detenía en su relato, emocionado quizá por algún recuerdo.

—Después empezó su carrera de medicina. Yo no encontraba trabajo, ni mis lecciones ni mi música interesaban a nadie, pero Celi tenía que terminar la carrera.

—¡Es admirable! —comentó el joven, y don Matías prosiguió:

—Y aquel artista de fama que daba conciertos por el mundo cogió su violín una noche, porque al día

siguiente había que comprarle a Celi los libros de su último curso. Empujé con miedo la puerta de este café y toqué mi violín con más emoción y más entusiasmo que nunca. Aquella noche enterraba yo mi vanidad de artista, pero Celi, mi Celi, tenía los libros que necesitaba.

—¡Abráceme usted, don Matías! —exclamó Miguel, emocionado por el relato.

—Prométeme que no le dirás nada a Celi.

El rostro de Miguel se ensombreció ante estas palabras.

—Descuide. Celi no quiere nada conmigo.

—No seas ingenuo, Miguel. ¿Vas a tomar en serio la fantasía de esa chiquilla?

—Quien ha tomado en serio al botarate de Luis es ella. ¿No sabe que se han casado?

Don Matías tuvo que sostenerse para no caer como fulminado por un rayo, y preguntó:

—¿Cómo?

—Sí, señor. Es una broma de mal gusto para engañar a mi tío. Mi novia es, oficialmente, la mujer de Luis. Y a ella parece agraderle el equívoco.

—Bueno, bueno, se me va la cabeza. No entiendo una palabra...

—¿Pero no se entera, don Ma-

tías? Es un matrimonio simulado para despistar a mi tío.

—¡Ni disimulado ni auténtico!

—protestó el anciano músico—.

¡No me gustan esas bromas! ¿Y has tolerado semejante desatino?

—¡Qué remedio! — repuso Miguel con aire resignado—. Cuando llegué estaba consumado.

Don Matías llegó al paroxismo de su indignación.

—¿Consumado?... ¿Consumado qué, hombre de Dios?

—El matrimonio—gritó Miguel, no menos exaltado.

El buen anciano consiguió apaciguar los exaltados y juveniles ánimos del novio de su ahijada, aconsejándole que obrase del mejor modo posible a fin de que volviera a reinar la armonía entre ellos. Era una nube de primavera que se cernía sobre sus amores, pero con buena voluntad y con el amor que se tenían había de desvanecerse para resplandecer con toda intensidad. La oposición de don Rodrigo no podía ser un obstáculo definitivo entre los jóvenes prometidos, ya que al fin y al cabo si conseguían que el tío costeara los estudios de Miguel hasta que éste aprobara el curso, luego, ya con el título en el bolsillo tenía el camino abierto ante sí.

Miguel era un hombre joven y estudioso, y Celi era también muy in-

teligente y en una misma carrera podían llegar a una colaboración que podía dar muy buenos frutos. Claro está que el camino era harto difícil si no contaban con una base para empear, y si se producía la ruptura con el tío, éste les negaría todo apoyo financiero; pero habiendo juventud, entusiasmo y un verdadero afecto entre ellos la cosa no podía darse mal, y finalmente, el tío tendría que convencerse que contra el amor sincero y noble de una pareja nada puede oponerse.

Cuando Miguel se marchó pensando en todo lo que le había dicho don Matías, sus compañeros puede decirse que empeaban a encontrarse en su elemento. Hasta Marta se atrevió a salir entre los espontáneos para cantar una canción con su melódica voz que sorprendió agradablemente a todos los concurrentes, en especial a sus camaradas los estudiantes.

Los aplausos se sucedieron y la obligaron a que entonase otra melodía, lo que ella hizo gustosamente, ganándose nuevas evaciones por parte de la concurrencia, entre los que se hallaban gran número de artistas de la pantalla española, periodistas, escritores, etc., habituales en aquel «Nido de Arte».

La velada se prolongó hasta muy entrada la madrugada y cuando los

jóvenes regresaron a la Pensión Loreto casi amanecía. Don Rodrigo descansaba en verdad, así como Celi y Miguel, que cada uno por su cuenta habían estado estudiando hasta muy tarde. Los exámenes es-

taban próximos y era preciso hacer el último esfuerzo para salir adelante.

Hasta la buenaza de Casi dormía, soñando seguramente con don Hermógenes.

¡SIEMPRE POR DON RODRIGO!

A QUELLA mañana de mayo amaneció más clara que nunca, a pesar de que en el interior de la Pensión Loreto cada día estaba todo un poco más obscuro. Desde que se presentó don Rodrigo las cosas andaban de mal en peor y los más perjudicados eran Celi y Miguel, que no acababan de entenderse.

Don Matías, después de su conversación de la noche anterior con el prometido de su ahijada, se dirigió a la habitación de ésta para tratar de conciliar los ánimos. La joven le recibió llorosa y sin palabras con qué expresar cuanto sentía.

—Que no lo entiendo, te digo —le decía el padrino—. Por mucho que me lo expliques, no concebiré

nunca cómo te has prestado a esta farsa.

—Por el bien de Miguel—repuso ella, no muy convencida.

—¿Por el bien de Miguel y te casas con otro? Es decir, ya no sé lo que me digo. Finges casarte con otro, ¿a qué viene todo este enredo?

—Te lo he explicado ya.

—Es que hay cosas que no tienen explicación.

Una llamada a la puerta distrajo la atención de los dos interlocutores. Concedida venia, abrió la puerta Miguel, que no esperaba hallarse también con don Matías.

—¡Hola, don Matías!

—¡Hola, hijo!

Celi, fija en su idea, se dirigió al recién llegado diciéndole:

—Te felicito, hombre. ¿Ya fuiste con el cuento a mi padrino?

—¿Qué cuento?

—El de mi «boda». ¿Y quién eres tú para mezclarte en mis asuntos?

Don Matías se creyó obligado a intervenir ante la desconsiderada actitud de su ahijada.

—¿Pues quién va a ser, caramba? Tu novio. ¿Te parece poco?

—Este señor es novio de su prima —trató de asegurar Celi.

—Mi prima no es mi novia —protestó Miguel—. Mi prima no es más que una prima.

—Eso se lo dice usted a su tío... si se atreve.

—¡A quien tengo que decírselo es a ti! —insistió el joven—. Yo no quiero a nadie más que a ti. ¿Te enteras? ¡A ti!

—Bueno, bueno, no atropelles —dijo Celi semivencida—. Y baja la voz que pueden oírte mi «marido» y... tu tío.

En aquellos momentos don Rodrigo estaba armando un fenomenal barullo en el pasillo.

—¿Oyes? —inquirió Celi.

—Sí, le oigo y no le tengo miedo.

—¡Uy, qué valiente!

—Valiente tengo que ser para no dispararme, y...

De nuevo salió Miguel de la habitación dando un portazo, alterados sus nervios hasta no poder más.

Procuró evitar el tropezón con su tío que estaba gritando como un energúmeno.

—¿Dónde están esos estudiantes? ¿Qué digo, estudiantes? ¡Esos facinerosos! —aullaba don Rodrigo—. A ver, que se presenten a mí, quiero darles los buenos días, ya que ellos me han dado a mí la noche. Todos, todos me iban a llamar a las siete y son las doce y nadie me ha despertado.

Luisín, que acababa de llegar, se escondió tras de un sillón y sacó un pañuelo agitándolo en son de paz.

—¿Se puede parlamentar?

Don Rodrigo se acercó al estudiante honorario con rostro descompuesto.

—¿Esa voz? ¡Ah, cayó usted en mis manos! A ver, diga usted: «Don Rodrigo, duerma tranquilo».

Luisín no tuvo más remedio que repetir lo que le ordenaba el feroz tío.

—¡Don Rodrigo, duerma tranquilo!

Seguramente no reconoció aquella voz entre las tantas que le fastidiaron durante la noche pasada, por lo que concedió la paz que le pedía.

—¡Ah! Ya veo que no fué usted el autor de la bromita. Y lo siento.

—¿Bromas yo? Yo soy un hombre muy serio.

La disculpa de Luisín sirvió para

que don Rodrigo lo aprovechara para colocarle un sermón.

—Muy fresco y muy poco cariñoso... con su mujercita, que por cierto es muy estudiosa y muy simpática.

—Sí, ¿verdad?

—Supongo que mañana irá usted a los exámenes de ella...

—No voy ni a los míos—contestó él, escabulléndose de la vista de don Rodrigo.

Este no cejó en la búsqueda del personaje o personajes que le amargaron la mitad de la noche.

Estuvo interrogando a todos los que le parecieron sospechosos, pero ni por un momento llegó a pensar que uno de los principales autores de la broma fuera su propia sobrina. La consideraba incapaz de tal desacato, ya que ella se presentaba ante don Rodrigo como una muchacha tímida e incapaz de romper un plato.

Por el contrario, Marta era una muchacha alegre y sana que gustaba de tomarse la vida por el lado sonrosado y con ello era todo lo feliz que se podía ser en contraste con

la amargura que destilaba siempre su tío.

En aquella pensión, la joven estaba mucho más alegre que nunca. Había conocido a Gorito, que en el fondo era un muchacho bueno y honrado, aunque sus bromas fueran «algo» pesadas, y creyó haber encontrado en él a la persona que podía hacerla feliz para el resto de su vida. El andaluz le prometía una vida de continua alegría, ya que era un hombre que hacía motivo de risa a las mismas adversidades.

Tal vez fuera por contraste con su tío que Marta se enamoró de Gorito, y éste correspondía sinceramente, porque fué quien primero le gustó la joven de un modo diferente de lo que hasta aquel momento le habían gustado las demás muchachas. Le había calado muy hondo, y hasta se disponía a ser un hombre serio y trabajador, que ya es decir.

También ellos iban a tropezar con la oposición de don Rodrigo, pues si éste tenía el propósito de que Miguel se casara con Marta, no iba a consentir que se le esfumase la novia al sobrino.

¡LUISIN, ASESINADO!

EL telegrama que Gorito envió a la tía de Luisín diciéndole que el muchacho había fallecido, además de haber motivado la sentida contestación de doña Leonor y el envío de las cinco mil pesetas para gastos de entierro, movió a la buena señora, a pesar de sus achaques, de trasladarse a Barcelona para hablar con doña Loreto de la enfermedad que tan rápidamente llevó a la muerte a su querido sobrino.

Se hizo acompañar por su otra sobrina, Laura, y con ayuda de ésta y un buen bastón, tras un viaje tranquilo, habían llegado a la pensión.

Salió a recibirlas la inevitable Casi, que las hizo pasar al saloncito.

—Pasen ustedes, pasen—dijo. Y

en seguida surgió el comentario que siempre tenía a flor de labio—. ¿Reuma? ¡Vaya por Dios! Pues tiene usted buen aspecto. Y la nena es muy mona. ¿Hija suya, verdad? Sí, sí; no hay más que verla, tiene su misma cara.

Doña Leonor no hizo caso a la verborrea de la fámula y fué directa al asunto que la trajo hasta allí.

—¿Es ésta la Pensión Loreto, verdad? ¿La pensión de los estudiantes?

—Sí, señora; de los estudiantes y de los que no estudian. ¿Son ustedes familiares de alguno?

—Eramos—dijo doña Leonor entre suspiros—. Ande, avise a la dueña.

Instantes después doña Loreto les hacía los honores de la casa.

Tras los primeros saludos solicitaron habitación y la patrona, amablemente, las acompañó.

—Pasen, hagan el favor. Les prepararé la única habitación que tengo desocupada.

Al llegar a ella, doña Loreto explicó:

—Esta es la habitación para mí de más recuerdos de la casa. En aquel balcón tomaba el sol el pobre Luisín...

—¡Qué lástima!

—Sí, señora; una verdadera pena —siguió diciendo la patrona, pensando en el gato muerto—. ¡Lo queríamos todos tanto! ¡Era tan cariñoso! Por las noches, cuando todos se acostaban, el pobre se venía a mi cama.

Las dos visitantes esbozaron un gesto de asombro. Fué Laura quien preguntó:

—¿Y de qué murió?

—Como era tan glotón debió ser de un empacho de cordilla. Sí, sí.

Considerando que ya había cumplido su misión y no queriendo molestar más hablando del gato, doña Loreto se despidió.

—Que pasen buena noche—dijo al tiempo que se marchaba—, y si desean algo, no tienen más que llamar al timbre.

Doña Leonor se volvió hacia Laura mostrando su extrañeza.

—¡Cómo tratan a la gente en las pensiones. ¿Has oído? ¡Cordilla! No debíamos haber venido; ya enviamos el dinero para que lo enterrasen y en paz descanse.

—¡Pobrecillo! —comentó Laura.

—Dios le haya perdonado; reconozco que últimamente no me porté bien con él...

—Es verdad, le tenías a media ración. ¡Pobre Luis! ¡Debió pasar cada apuro!

—Sí, sí. Parece que le veo pidiéndome cuentas! ¡Creo que voy a marearme! Se me va la cabeza.

Laura le aconsejó bajar a la planta y aparte de tomar un poco el aire, que comiese algo, puesto que su mareo podía ser a causa de no haber probado nada desde mediodía. En el vestíbulo se encontraron con don Hermógenes, que regresaba de su alto trabajo en la Telefónica. Saludó enfáticamente a las forasteras y éstas correspondieron al saludo.

—¿Vive usted en esta pensión?

—preguntóle Laura.

—Por mi desgracia —contestó don Hermógenes, olvidando las atenciones que para él tenía Casi.

—¿Entonces sabrá usted algo de la muerte de Luisín?

El interrogado se dirigió hacia las dos mujeres con aire misterioso, diciendo:

—El día que murió me llevé una

de las satisfacciones más grandes de mi vida.

—¿Es posible? — exclamó doña Leonor, pensando que era imposible que existieran seres tan desalmados.

—Era antipático, molesto y, además... ladrón.

—¿Eh?

—Aquí, en la casa, creen que murió de muerte natural, pero no, señora, no—añadió don Hermógenes, explicativo—; fuí yo quien lo estranguló.

Doña Leonor tuvo que sostenerse en Laura para no caer.

—¿Usted?

—¡Chist! No digan ustedes nada, porque era la debilidad de la patrona y las chicas jugaban con él... Pero bien muerto está; Hermógenes Risueño, a la disposición de ustedes.

Con su presentación, el «asesino» de Luisín se despidió de las mujeres y se marchó a su habitación. Doña Leonor estaba en el paroxismo de su nerviosidad.

—¡Ay, ay, a mí me va dar algo!

—¡Tía, por Dios!

—Me ha dejado la sangre helada ese monstruo. Tenemos que comprobar lo que ha hecho con mi sobriño y denunciar a ese criminal.

—¡Con la naturalidad que ha dicho que lo estranguló! — comentó Laura.

—Vamos, hija mía. Este crimen no puede quedar impune—y empujando a la joven, se dirigieron hacia la calle, mientras le preguntaba—: ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Hermógenes Risueño.

Los propósitos de doña Leonor eran bien definidos, porque pocos momentos después estaba interrogando a un guardia pidiéndole detalles de dónde se hallaba enclavada la Comisaría de Policía más próxima, y en cuanto tuvo la información se dirigió a ella con un paso más decidido que de costumbre. Afortunadamente estaba cerca y contaban con regresar a la pensión antes de un cuarto de hora.

Expuso ante un guardia su deseo de efectuar una denuncia por asesinato, e inmediatamente fué introducida en el despacho del comisario, el cual quedó sorprendido ante la declaración de la mujer.

—¿Y dice usted—preguntó—que él mismo ha declarado que le había estrangulado?

—Sí, señor — repuso doña Leonor—. Con un cinismo inconcebible nos los dijo cara a cara, y aun expresó su satisfacción por el asesinato.

—Ese hombre debe ser un monstruo—añadió Laura.

El comisario decidió actuar rápidamente.

—¿Cómo dicen que se llama?

—Hermógenes Risueño—repuso la joven.

—¿Y vive?...

—En la Pensión Loreto.

—Muy bien. Esto va a tener que pasar al Juzgado de guardia, pero de momento daremos orden de detención de ese pájaro, así como trataremos de averiguar qué médico certificó la defunción de su sobrino. Créo que este asunto va a dar mucho juego.

Las palabras del comisario animaron a las dos mujeres. Puesto que Luisín había sido asesinado, que se hiciera justicia con su matador, que de un modo tan cínico e inhumano pregonaba por todas partes la hazaña de su crimen.

Doña Leonor y su sobrina antes de regresar a la pensión, entraron en una farmacia para adquirir unos cordiales. La pobre anciana estaba afectada por todo lo ocurrido y temía no poder descansar pensando en el pobre sobrino, de cuya muerte se sentía hasta cierto punto responsable. Si le hubiese dado dinero tal vez no se habría convertido en un «ladrón».

Mientras tanto, en la pensión, Gorito se dedicaba a hacerle el amor a Marta. Al parecer, a ella no le desagradaban las atenciones del mu-

chacho, al que escuchaba con actitud arrobada.

—Por ti soy capaz de hablarle a tu tío.

—¡Qué atrocidad! —comentó la muchacha.

—¿Es que no me quieres?

—Lo que no quiero es que te mate.

Estas palabras sirvieron de estímulo a Gorito, que cogió la mano de la joven, pero tuvo la desgracia de hacerlo en el preciso instante que don Rodrigo entraba en la habitación. Su salutación fué un grito muy parecido al de los atracadores.

—¡Suelte esa mano!

Gorito se quedó de piedra al ver aparecer al tío de Marta. Y si no hubiese sido porque la situación le parecía harto dramática se habría reído a carcajadas viendo a don Rodrigo en bata de dormir y con un extraño gorro.

—Bueno, señorita —balbució—. Tanto gusto. Salude a su familia en mi nombre. La mía, bien; gracias.

Trataba de disimular haciendo ver que saludaban a la joven, pero cuando quiso escapar hacia la calle le detuvo un estentórea «¡aguárdele!» que le dejó clavado.

Don Rodrigo se acercó a él en actitud amenazadora.

—¿Dónde le duelén a usted menos los bastonazos?—le preguntó.

Gorito vió su escapatoria con la entrada de Luis. Y señalándole, contestó:

—¿A mí? En las espaldas de ése.

—¡Hombre, hombre! Si voy a matar dos pájaros de un tiro—dijo el tío, lleno de satisfacción.

—¡Tío, por Dios! Yo te explicaré—intervino Marta.

—¡Claro que me explicarás! ¡A tu cuarto! ¡Vamos!

La actitud de don Rodrigo era algo más que violenta y la joven obedeció, pero Luisín se creyó obligado a intervenir:

—¡Es odioso el tratar así a una señorita!

—¡Más odioso es hacer desgraciada a su propia mujer! ¿Me entiende? ¡Es usted un pájaro de cuenta!

—¡Y usted un avechucho!—repuso Luisín sin amilanarse.

—¿Yo? ¿Pero qué oigo? ¿No se hunde el mundo? ¿Y aun respira este miserable?

Marta se puso a gritar. Gorito aprovechó la ocasión para huir y Luis ganó la escalera subiéndola como una exhalación perseguido por don Rodrigo con actitud amenazadora.

Por suerte para él, el tío no era tan ligero, por lo que se metió apresuradamente en la primera habitación que encontró a su paso, que

fué precisamente la destinada para doña Leonor y Laura.

Cuando, pasados unos momentos, Luisín consideró que había pasado el peligro de la agresión de don Rodrigo se dispuso a salir en el mismo momento en que iban a entrar las ocupantes de la habitación.

Las dos mujeres comentaban la «muerte» del hombre que estaba escondido en su propio cuarto, detrás de unos cortinajes.

—¡Me parece que le estoy viendo!—decía doña Leonor entre otros comentarios.

Laura le aconsejó que guardase bajo la almohada unas 5.000 pesetas que al día siguiente tenían que pagar para la contribución de las tierras que tenían en la provincia. Doña Leonor las sacó de su monedero y las dejó sobre una mesita para que su sobrina las contase antes de disponerse a descansar. La operación fué vista por Luis, que decidió aprovecharse de la ocasión para hacerse con el dinero.

De un silencioso salto se colocó tras el perchero y haciéndolo servir de parapeto se acercó hasta la mesita para apoderarse del sobre que contenía los preciados billetes, aprovechando que Laura y su tía estaban ocupados quitándose los zapatos.

Cuando Laura fué a colgar un

vestido al perchero vió que éste no estaba en su sitio y por contra vió a Luisín escondido. El joven, al verse descubierto, se agarró a una colcha blanca y se tapó con ella, saliendo de la habitación dando saltos.

El espanto de las dos mujeres no es para descrito, creyendo hallarse ante el fantasma de su pariente asesinado.

—¡Tía, el sobre ha desaparecido! —exclamó Laura cuando, repuestas del susto, miró sobre la mesita donde había dejado el dinero.

—¿Que ha desaparecido el sobre? —inquirió doña Leonor—. Entonces es Luis. La sombra de Luis.

Las dos mujeres salieron al pasillo dando voces, con lo que despertaron a don Rodrigo, el cual apareció en la puerta de su cuarto.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? —preguntó de mal talante, como de costumbre—. ¿Pero es que no se va a poder dormir en esta casa?

—¡Señor, pronto! Mi difunto sobrino Luis se me ha aparecido.

—¿Cómo, señora? ¿Luisín es sobrino de usted?

—Era, porque el pobre murió hace unos días.

—Es usted una incauta —explicó

don Rodrigo—, porque su sobrino vive. Pero descuide, señora, que a ese pájaro lo mato yo y no volverá a resucitar.

Las dos mujeres se quedaron sorprendidas ante las palabras del tío de Miguel y no se atrevieron a revelar lo que habían hecho. Don Rodrigo, después de unas frases de saludo no muy afectuosas, se retiró con grandes zancadas dispuesto no se sabe exactamente a qué, pero sí a algo que amargara la vida al primero que se presentase.

En cuanto desapareció, Laura se dirigió a su tía:

—¿Ha visto usted?

—Nos hemos dado el gran planchazo. ¿Qué va a ocurrir ahora? —se preguntó como para sí misma.

—No sé. El caso es que quien se ha llevado las cinco mil pesetas no era la sombra de Luisín, si no él mismo. ¿Quién sabe dónde pararán ahora esas pesetas?

Doña Leonor asintió con la cabeza. Casi más que las pesetas, le preocupaba lo que iba a ocurrir a raíz de su denuncia contra don Hermógenes. Pero finalmente acordó con su sobrina de irse a dormir y dejar para el día siguiente la resolución de aquel equívoco.

DON HERMOGENES, A LA CARCEL

MUY de mañana del siguiente día, una discreta llamada en la puerta hizo acudir a Casi. Un caballero se presentó preguntando por don Hermógenes. Este se hallaba sentado en el saloncito leyendo el periódico, al igual que don Matías.

—¿Usted dirá? —dijo don Hermógenes saliendo al encuentro del recién llegado.

—Haga usted el favor de acompañarme.

—No tengo el gusto de conocerle.

El visitante le enseñó una inconfundible placa que llevaba en su chaleco.

—Soy agente de policía y traigo

el penoso encargo de detener a usted.

—¿A mí?—inquirió don Hermógenes, extrañado—. Esto es un error, una confusión. ¿De qué se me acusa?

—De asesinato.

Las protestas de don Hermógenes fueron inútiles y tuvo que seguir al policía, coreado por la palabrería de Casi, las lamentaciones de doña Loreto y los comentarios sensatos de don Matías.

—Esto se está convirtiendo en una casa de locos. Yo me llevo a la Facultad, que está Celi a punto de examinarse de su última asignatura.

—Miguel también termina hoy, ¿verdad?

Luisín hizo su entrada con una salida de las suyas.

—Hoy terminamos todos: unos en el Juzgado, otros en el Hóspital y yo en el depósito de cadáveres.

—Todo se arreglará — exclamó don Matías—; luego hablaré con don Rodrigo.

—Y mañana habrá un músico menos en el mundo—concluyó Luisín.

* * *

El padrino de Celi, tal como había dicho, se dirigió a la Universidad, donde se celebraban los exámenes de la última asignatura que le quedaba a la joven para obtener el título de médico, al igual que Miguel.

En los claustros de aquel centro docente se hallaban varios estudiantes aguardando, a los que se unió don Matías.

No se hizo esperar mucho su ahijada, que salió del aula radiante de satisfacción.

—Me parece que he estado bien —dijo, respondiendo a las preguntas de su padrino.

—¡Maravillosa! — comentó una estudiante—. ¡Qué examen!

—Sabe más que el tribunal—dijo Juanito.

—Le han felicitado los propios

catedráticos—explicó Montevideo, que también se hallaba en el grupo.

—No exageres.

La expectación de los estudiantes se hizo más grande cuando se abrió la puerta del aula dejando paso a un bedel con las notas en la mano. Todos acudieron en torno a él, ansiosos de saber el resultado de su último examen.

El bedel fué llamando uno por uno y entregándoles las papeletas con las notas otorgadas por el tribunal calificador.

—¡Señorita Celi de la Torre! gritó el bedel.

El corazón de la joven latió apresuradamente. Aquél era el instante decisivo. El momento ansiado desde que sintió la afición al estudio y a la medicina. Tenía confianza en haber quedado bien, pero, la duda que se iba a desvanecer dentro de breves segundos no la dejaba traslucir otra emoción.

—¡Aquí, aquí! —dijo maquinalmente, cogiendo la nota que le entregaba el bedel. Este, gozoso de poder dar la buena nueva, anticipó la alegría de Celi:

—¡Sobresaliente!

Todos los estudiantes acudieron a felicitar a la nueva doctora, y el bueno de don Matías tuvo que hacer un gran esfuerzo para llegar al lado de su ahijada.

—¡Venga usted a mis brazos, señora doctora en medicina!—exclamó jovialmente, aunque sus ojos estaban anegados por las lágrimas de la dicha que le producía aquel momento supremo.

Celi correspondió efusivamente al abrazo de su padrino y en medio de su emoción pudo decir:

—¿De qué hubiera servido todo mi entusiasmo sin el sacrificio y la bondad de usted?

De nuevo arrebataron a Celi de los brazos de su padrino y ella se multiplicaba para dar la mano a todos los que la felicitaban. Miguel, expectante, no se atrevía a acercarse después de los últimos altercados que habían tenido. Tenía un punto de orgullo que le impedía volver al lado de ella, pero al fin cedió a los impulsos de su corazón y se acercó al grupo.

Los estudiantes, previendo la escena y sabedores de lo ocurrido entre los dos novios, cedieron paso a Miguel. Este preguntó:

—Y yo, ¿puedo felicitarle?

Celi sonrió. Una sonrisa que era la expresión cálida de que aquel día había quedado borrada la nube que se había cernido sobre su amor. Le tendió la mano, que él estrechó reteniéndola entre las suyas y mirándole fijamente a los ojos.

—¡Claro, señor doctor!—accedió ella.

—¡Señora doctora!—dijo él con media inclinación.

El padrino también quiso congratularse de la doble alegría de aquel día. Su Celi y Miguel habían conseguido el título y se habían reconciliado.

—Así me gusta, muchachos—exclamó—. Y ahora, para terminar mi obra, a hablarle yo a esa fiera de don Rodrigo.

Los estudiantes salieron alegremente de la Universidad dirigiéndose a la pensión, donde todo era alegría excepto en Casi, que estaba intrigadísima por la suerte que le pudo caber a don Hermógenes en la Comisaría. Confiaba en que estaría poco tiempo en aquel lugar.

Efectivamente, no se equivocaba, porque el comisario por primera providencia pasó el asunto al juez de guardia, ante quien compareció el alto empleado de la Telefónica protestando con más viveza de lo que correspondía a un hombre acusado de asesniato.

También habían acudido como testigos doña Leonor y su sobrina, a fin de atestiguar las palabras pronunciadas por don Hermógenes en las que se confesaba autor del asesinato de Luisín.

El debate que se armó puede ima-

ginárselo el lector. Don Hermógenes afirmaba haber matado a Luisín, pero que quien atendía por ese nombre era un gato.

Las dos mujeres no se atrevían a reforzar su acusación, puesto que por don Rodrigo sabían que su Luisín estaba vivito y coleando, es decir, trampeando.

Finalmente, viendo que la situación no se esclarecía, doña Leonor retiró la acusación, confesando el error cometido.

—Todo ha sido un error, señor juez. Le ruego que nos perdone a todos.

—¡Eso! —añadió don Hermógenes—. Asunto concluído.

El magistrado sonrió a los tres circunstancias, pero con una sonrisa un tanto amarga. No en vano le habían hecho perder media mañana por una tontería.

—Perfectamente. Por usted es asunto concluído, ¿no?

—Sí, sí.

—Pues por mí no... ¡A la cárcel los tres!

Cuando salieron de la estancia elevando sus más enérgicas protestas, el juez pensó que unas horas en el calabozo no les estarían mal empleadas y que otra vez tendrían más cuidado antes que acudir a la justicia.

LA FIERA SE AMANSA

DON Matías se había propuesto hablarle a don Rodrigo para deshacer el equívoco en que le había metido Gorito y con el ánimo de que accediese a la boda de su ahijada con Miguel.

Desde luego, era una misión un tanto delicada y otro que no hubiera sido don Matías, con su bondad y su amor a Celi, habría dejado para otro tan ingrata tarea. Confiaba en llegar al corazón del tío y por ello le emprendió en su propia habitación.

—Le suplico que me escuche con calma lo que voy a decirle, don Rodrigo—pidió el anciano músico.

—Mi paciencia es muy limitada—repuso el aludido con su gesto agrio de siempre.

—Con su permiso...—dijo don Matías, sacando su pitillera y ofreciéndole un cigarro—. ¿Fuma usted?

—Gracias.

—Pues bien—empezó diciendo sin rodeos—, Celi no es la mujer de Luis.

—Lo que yo suponía—rugió el tío—. ¡Se han reído de mí!...

—Nadie más que usted tiene la culpa, por ese carácter brusco que ateroriza a cuantos le rodean.

—Sí, hombre, sí. Diga usted que soy un ogro.

—No lo creo yo así. Usted me parece un hombre de corazón y a ese corazón es al que vengo a llamar.

Don Rodrigo casi masticó el cigarrillo que tenía en la boca al contestar:

—No le responderá nadie.

—Celi y Miguel se quieren—in-sistió el viejo—, es un cariño que ya echó raíces muy hondas.

Sus últimas palabras coincidieron con la entrada de la joven, a la que don Rodrigo interpeló:

—¿Qué se le ha perdido a usted aquí?

Antes que Celi pudiera responder, don Rodrigo se levantó dando un fuerte golpe en la mesa. Ella trató de reprimir el susto.

—Usted también me ha engañado—gritó el tío—. ¡Márchense, márchense inmediatamente!

Y diciendo esto dió otro manotazo en la mesa y acusó el golpe; seguramente dió en un canto y se lastimó. Celi supo aprovechar la ocasión acercándose a don Rodrigo.

—¿Se ha lastimado usted? —inquirió, cogiéndole la mano con dulzura.

—A mí los golpes me alimentan; lo que me duele es que se me engañe.

Celi la miró sonriente creyendo que tenía algo ganado en la simpatía del tío de su novio. De pronto, se puso arreglarle la corbata que llevaba un poco torcida. Don Rodrigo hizo un gesto tratando de retirarse.

—No tenga usted miedo... Aunque soy tan mala persona, sólo quiero arreglarle la corbata que la tiene

deshecha... Bien se conoce que no tiene usted quien le cuide.

—Ni me hace falta—gruñó, pero dejándose hacer de nuevo el nudo de su corbata. Y viendo que empezaba a ceder, añadió con destemplanza—: No pretenda ablandarme con sus carantoñas... Hace veintitrés años que estoy solo y me aguantando.

—La soledad es cosa de huraños, así tiene usted ese genio...

—¿Qué pasa con mi genio?

Celi decidió clavar la estocada, segura de que iba a tocarle en un punto sensible.

—Nada, nada... Que es inaguantable para quien no le conozca ni le quiera.

—A mí no me quiere ni me conoce nadie—dijo don Rodrigo sin perder un ápice de su malhumor.

—Yo le conozco y si usted no se enfada, le diré también que le quiero... porque usted va a ser mi tío, ¿no?

Celi no mentía al decir que le quería. Aunque siempre le temió por saber en él una persona que se oponía a sus relaciones con Miguel, recordaba con simpatía que siempre le había tratado bien cuando la creía esposa de Luis y los desvelos que se había tomado para que ella no sufriera el desvío de «su esposo».

—Jamás aprobaré esa boda—gru-

ñó, poco convencido ya de sus propias palabras.

—¿Tanto me odia usted?—inquirió ella, sabiendo enfocar el asunto con tacto y feminidad.

—¿Yo? Si... es... que yo...

—Perdone usted, don Rodrigo —pidió Celi, interrumpiéndole—. Miguel y yo seremos la paz de sus últimos años... y si le distrae también la guerra... porque yo, como usted, también tengo mi geniécillo..., ¡la de veces que nos vamos a pelear!

Celi había vencido en toda la línea y don Rodrigo se entregó sin condiciones.

—Me puede, me puede la simpatía de esta muchacha y su bondad! ¡Me molestaba a mí que fuese la esposa de aquel títere!

Los tres circunstantes siguieron hablando animadamente, mientras en el salón se desarrollaba una escena parecida. Doña Leonor y Laura habían salido del calabozo y se enfrentaban con Luisín, el cual acababa de entonar el «mea culpa». Por otra parte, la presencia de Maribel también era un factor decisivo.

—¿Y qué he de hacer sino transigir?—preguntaba doña Leonor—. Después de todo, me parece buena y acaso consiga hacer de ti un hombre formal.

—Eso déjelo usted de mi cuenta —repuso Maribel—. Este acaba la carrera o le pongo un puesto de castañas.

Doña Leonor estaba satisfecha de la actitud adoptada por la novia de su sobrino y lo expresó sin ambages.

—Así, así. ¡Duro con él! Para eso se casa.

—Bueno, me habéis convencido —concedió Luisín—. En septiembre aprobaré el cuarto, el quinto y el sexto, si hay tribunal que me aguante. Y en octubre prepara veinte mil pesetas para abrir el bufete y el primer pleito lo entablo contra ti por haberme tenido sin una peseta.

Celi apareció en el salón, terminada felizmente su entrevista con don Rodrigo. La joven no cabía en sí de gozo y deseaba que todos fuesen partícipes de su hazaña.

—¿Quién dijo que don Rodrigo tenía mal genio?—preguntó a modo de saludo.

—Yo—contestó Luisín.

—Pues le has calumniado. Don Rodrigo es un hombre de buen corazón y accede a mi boda.

Luisín no acababa de creer tal noticia.

—¿Es posible? Con lo...

Pero se interrumpió al ver que aparecía don Rodrigo, seguido de don Matías y varios estudiantes.

—Ya puede usted decirlo, jovencito. Con lo bárbaro que soy.

El temido tío aparecía transfigurado. Su rostro sonriente le daba una simpatía sin igual, y hasta parecía que no era tan feo. Así lo reconoció Luis.

—Pero un bárbaro muy simpático.

—Más bárbaro que simpático— corrigió don Rodrigo.

—De ningún modo: más simpático que bárbaro.

—No me lleve la contraria y tengamos la fiesta en paz.

La ex fiera le amenazaba cómicamente, pero Luis, jocoso como siempre, al oír la palabra fiesta, lo quiso aprovechar.

—¿Una fiesta? — inquirió, y a voz en grito añadió—: ¡Don Rodrigo nos invita a una fiesta para celebrar el fin de curso!

Todos los estudiantes palmorearon de alegría, dando vivas a don Rodrigo y a su fiesta, a pesar de las protestas del poco altruista tío.

El jolgorio culminó con la entrada de Marta, despreocupadamente del brazo de Gorito. La joven no temía ya a su tío y no vaciló en darle la grata nueva que traía.

—¡Qué alegría, tío! A propósito, te voy a dar una gran noticia: me caso con Gorito.

—¡Muy bien, muy bien!—acce-

dió—. ¡Mi sobrina se casa con Gorito.

De pronto se dió cuenta de lo que estaba diciendo y reaccionó vivamente haciendo un gesto como si se tragara un hueso de melocotón.

—¡Cómo! ¿Con el rey de las calabazas?

—Querido «tío»—dijole cariñosamente Gorito—. En septiembre cuente usted con un asesor jurídico.

—¡Lo mato!—rugió don Rodrigo, persiguiendo a su futuro sobrino.

Y la desbandada fué general.

* * *

A pesar de que no lo había prometido, don Rodrigo accedió a los dos matrimonios, y con el de Luisín y Maribel eran tres las felices parejas unidas; y decidieron celebrarlo dignamente organizando un gran banquete en la cumbre del Tibidabo.

Durante el curso del yantar se pronunciaron discursos y vivas, siendo destacados los que se dedicaron a doña Loreto, que más que una patrona había sido siempre una madre para todos los estudiantes que se albergaban en su acogedora pensión.

Don Rodrigo llevaba la voz cantante, y Luisín y Gorito hacían los comentarios del caso, que eran coreados por las risas de todos.

Luego todos los asistentes pasa-

ron el resto de la tarde en las atracciones, y así los vimos en el aeroplano, la atalaya, el tren miniatura, la montaña rusa... Hasta don Hermógenes, del brazo de Casi, se paseaba tranquilamente por aquellos lugares escuchando con complacencia el himno de los estudiantes que tanto le alteraba los nervios; segu-


ramente se los aplacaron en el calabozo.

Y don Rodrigo se paseó en bicicleta y en un coche miniatura, jugando como un chiquillo. Hasta gritaba:

—¡Paso, paso al tren! ¡Estación de Las Delicias! ¡Parada y fondaaaa! ¡Treinta minutos!

FIN

¿QUÉ ES ESTO?



Un próximo gran éxito, como el

¿QUE LE DIJO?...

creación de los celebrados

HERMANOS CAPE

Originalidad :- Risa :- Dibujos a granel

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway . .	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gené Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin .	Warren William
Héctor Fieramosca . . .	Gino Cervi
El mundo a sus pies . . .	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Defensores del crimen . .	Richard Dix
Aventura Pompadour . . .	Kate de Nagl
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Víctor McLaglen
Cupido sin memoria . . .	Ann Sothern
Maria Ilona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Quimera de Hollywood . .	Joan Fontaine
Los tres vagabundos . . .	Heinz Ruhman

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida . .	M. Redgrave
Las dos niñas de París . .	C. Barghon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada . . .	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey .	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Robert Taylor
Mortal agustión	Ann Harding
Una chica insoportable . .	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche .	Edmund Lowe
Alarma en el expreso . . .	M. Reedgrave
Crimen de medianoche . .	Ramón Pereda
El signo de la Cruz	Jacques Tavloli
El asesino invisible	Leslie Howard
Los dos pillotes	K. Hepburn
Pygmalion	Michael Redgrav.
Maria Estuardo	Paul Lukas
Cuidado con lo q. haces .	Carlos Gardel
Por la dama y el honor . .	Elisa Landi
El día que me quieras . . .	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholome
Tarxán de las fieras . . .	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa .	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney
Lo prefiero millonario . .	Gene Raymond
Los peligros de la gloria .	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible . . .	Jenny Jugo
El hombre del Níger	Víctor Francén
Extraños en luna de miel .	Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio . .	Clark Gable
Fruto dorado	Mickey Rooney

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligeró	Melvyn Douglas	Antonio Vico	James Stewart
			Charles Boyer

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	Maria Arias
Rinconcito madrileño . .	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa . . .	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche . .	Miguel Ligeró
Martingala	Niño Marchena
Rápteme usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu-	
jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Iai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un	
lio?	Maruja Tomás
Alas de paz	Lois de Valeis

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana . . .	I. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Dolorosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los	
de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento . .	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo . . .	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta .	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla . . .	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de arrabal	I. Argentina
	C. Gardel
Misterio en la Mariama .	Tony D'Algy
Rosas de otoño	M. F. L. Guevara
La patria chica	Estrellita Castro
La chica del gato	Josita Hernán
Un enredo de familia . . .	Mercedes Vecino

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón . . .	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Monfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de espino	Gracia de Triana
Tú llegarás	Roberto Rey

Pedidos a **EDITORIAL «ALAS»**. - Apartado 707. - **BARCELONA**

CANCIONERO

Precio: 50 cta.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
NIÑA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aixa)
JUANITO VALDERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA

CAMILIN
LOLA FLORES
CARLOS GARDEL (Creaciones)
VIANOR
PEPE BALLESTEROS
MIRCO
NINO DE MARCHENA
RAMPER
NINO DE UTRERA
PILARIN ARCOS
NIÑA DE LOS PEINES
CURRO CARMONA
GUERRITA

Precio: 75 cta.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
MUSA CUBANA «MACHIN».

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'50 ptas.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO. JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO. CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPAÑA - JAZZ
GOZALBO-LLORENS - MEJICANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ

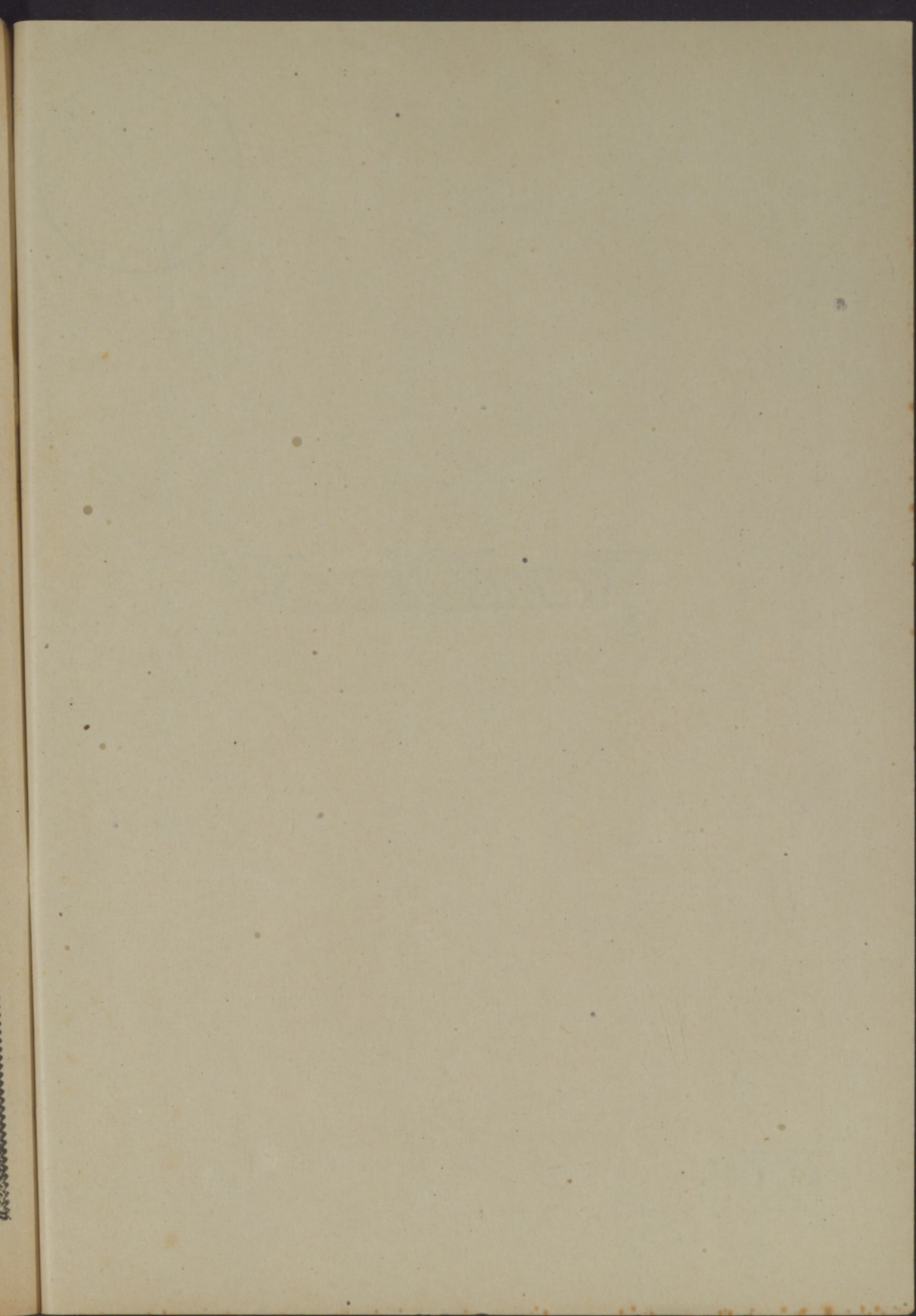
RAUL ABRIL-BONET DE S. PEDRO
BERNARD HILDA
MUSA ARGENTINA
SEPULVEDA - R. BOLUDA
M.^a LUISA GERONA - MARY MER-
CHE Y TERESITA ARCOS
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 1)
JOSE VALERO

Pedidos a

Editorial APAS

Departado 707

BARCELONA





2'50 Ptas.

IMPRENTA COMERCIAL
VALENCIA, 234. - BARCELONA